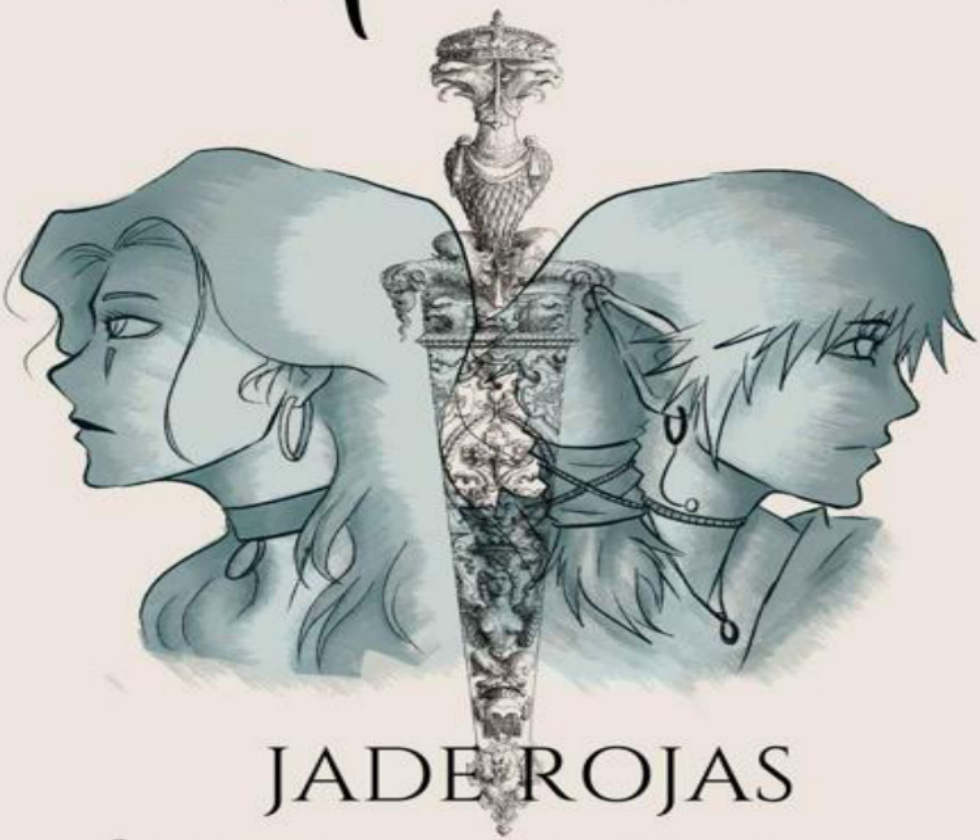
Cuestión de Azar



JADE ROJAS

Ilustrado por. CARLOS A.

Cuestión de azar

JADE ROJAS
Ilustraciones de Carlos A.

Copyright © 2024 Jade Rojas
Todos los derechos reservados.

E-mail: jaderojasescritora@gmail.com

Instagram: jaderojas.escritora
X: JadeRojas161
BlueSky: JadeRojas161
Facebook: Jade Rojas
Ilustración: Carlos A.
Instagram: kaosdl_

Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio (mecánicos, fotocopias, grabación y otro), sin la autorización previa del autor.

A las almas desdichadas;
porque, aunque el cristal esté roto,
los fragmentos aún reflejan la luz.

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

1. UNA GRAN APUESTA

2. ¡SALVE A LA TRÍADA!

3. UNA CENA Y UNA HUIDA

4. AVANZANDO SIN UN PLAN: ¡TODO ES CUESTÓN DE AZAR!

5. DOS SON MULTITUD

6. CUANDO CAE LA CORAZA

7. ESE INCESANTE SUSURRO

8. RAÍZ

9. RÉQUIEM: TRISTEZA O DOLOR

10. TEMOR Y AUDACIA: LA TIERRA DE LOS SUEÑOS

11. ESPERANZA Y DESESPERACIÓN: UN SEÑOR OSCURO

12. DESEO Y AVERSIÓN: UNA RAÍZ PODEROSA

13. AMOR Y ODIO: ¡SALVE A LA TRIADA!

14. A TRAVÉS DEL ESPEJO: EL AMO DEL REFLEJO

15. IRA: LA TRIPLE DIOSA

16. DELEITE O ALEGRÍA: LA EFERVESCENCIA DE LOS SUEÑOS

ACERCA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

Mis gracias infinitas para mi amigo Carlos A., porque sin él, este proyecto jamás habría visto la luz. Gracias otra vez, porque en cada trazo pusiste todo de ti y le diste forma a mis locas y difusas ideas. Sé que querías tu nombre en letra pequeña, pero lo siento, le he puesto un par de números más. ;)

A Bely, porque cada vez que me preguntaba qué tal iba la novela, me impulsaba a no tirar la toalla, incluso cuando mi querida "secretaria" echaba a perder la mitad de mi borrador con sus pequeñas patitas y me llenaba el escritorio de plumitas. Pero que quede en el acta, no es una queja.

A la naturaleza, por las incontables maravillas que nos permite apreciar.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a ti, que escogiste esta novela.

PRÓLOGO

Agatha rebuscó en sus bolsillos y extrajo la manzana que le había robado al mercader por la mañana, se sentó junto a la niña y comenzó a pelar la fruta. La pequeña se acercó con impaciencia tratando de arrebatarle el alimento.

—¡Un momento! —balbuceó Agatha. Estaba más muerta de hambre que la chiquilla y, aunque se moría de ganas por devorar aquellos caminos serpenteantes de cáscara, se contenía. Lo hacía para que la niña tratara de mantener la compostura también—. ¡Ya está, cielo! —le entrego la manzana ya pelada.

La chiquilla, Alicia, mordisqueó la manzana hasta casi acabarla, miró con afecto desbordante a la que era como su madre y le entregó lo que quedaba de la fruta.

—Termínatela tú, mi cielo. Ya volveré con otra cosa más tarde y comeremos las dos. —La niña obedeció—. Debo irme —la abrazó con fuerza y dibujó un besito en su frente.

En el otro extremo del poblado Minerva llenaba su copa y la apuraba bajo la atenta mirada de la mujer que la esperaba. Se levantó casi de un salto, dio un último vistazo a los hombres que se encontraban aquella noche en la taberna y dejó unas monedas sobre la mesa, ignoró las ropas maltrechas de la mujer que la miraba y la tomó del brazo para arrastrarla a la mugrienta habitación.

Una vez satisfizo sus deseos le dio una generosa cantidad a la muchacha, se cambió el vestido con magia y se marchó tan deprisa como un huracán. Ni siquiera el placer la ayudaba a olvidar.

1. UNA GRAN APUESTA

Minerva llenó la copa y dio un gran sorbo, luego llamó a la tabernera. La mujer lánguida y arrugada la observaba con desdén; ese desdén que produce la pena y la envidia. La lástima por un individuo que no acaba de dilucidar los hilos del destino, y la envidia incomprensible por aquella falta de conocimiento, de aquella belleza, de aquella vida. Minerva vislumbró una mujer cohibida bajo aquella piel ajada, sonrió ante el evidente desconcierto de la anciana por su expresión y se dispuso a pedir la orden sin miramientos, sin embargo, fue interrumpida por el chirrido de una silla al ser arrastrada. Se giró y allí estaba Zarakiel.

—¿¡Qué haces aquí!? —vociferó Minerva.

El hombre la ignoró. Se giró a la tabernera, quien esperaba, y le manifestó su orden.

—Carne, pan y queso para mí y otra botella de vino para ella —le entregó algunas monedas de cobre. Una vez la tabernera se marchó, Zarakiel prosiguió—. Las cosas han cambiado mucho en el tiempo en el que no has estado —su voz se bañó de pena—. ¡Debes volver! —tomó sus manos con desesperación—. Solo tú puedes hacer que los clanes se reúnan.

Minerva volvió a llenar su copa y lo miró con desdén.

—No tengo nada por lo que volver.

—¡No hagas como si no te importara, por Dios! —dio un golpe a la mesa percatándose de que la atención de todos se había posado en ellos.

—¡Dejó de importarme cuando el concejo me traicionó! —su voz se quebró. Apuró su copa para llenarla nuevamente—. Márchate por dónde has venido, Zarakiel.

La tabernera apareció con una bandeja en sus manos, la descargó en la mesa y colocó el plato junto a Zarakiel. Se disponía a entregar la botella de vino, pero Minerva fue más rápida, tomó la botella y en su lugar dejó algunas monedas. Sacó una moneda de oro y la hizo girar en el aire, levitando. Despachó a la tabernera y Miró a Zarakiel quién estaba absorto en su belleza.

—Todo es cuestión de azar, amigo mío.

Iba rumbo a la puerta cuando dos hombres robustos le impidieron la salida.

—¿Cuánto cobras por calentar mi cama? —preguntó el de la derecha observándola de pies a cabeza con mirada lasciva.

Minerva sintió como el cólera la invadió. Estaba a punto de arrojarlos contra la puerta, pero entonces vio que uno de los hombres tenía algunas fichas de dominó en su mano.

—¿Qué tal si apostamos? —espetó, aún consciente de que jamás había ganado una partida.

Las fichas de hueso se mezclaban bajo las manos manchadas de aquel hombre y a Minerva la invadía una extraña excitación que precedía a la calma, al éxtasis que le proporcionaba el juego. Pese a que casi nunca ganaba era una apostadora empedernida.

Repartió las fichas con magia vislumbrando un atisbo de sorpresa en el rostro del hombre. Una a una las organizo y esperó que su contrincante hiciera lo mismo.

Tomó una ficha al azar y la colocó en el centro de la mesa. Uno y tres, los números que más detestaba. El primero porque le recordaba su constante soledad, y el segundo porque para ella representaba la familia que no pudo tener: ella, su pareja y su hija. ¡Dos endemoniados números que necesitaba erradicar!

Una a una las fichas del hombre disminuían, mientras que el número de Minerva crecía cada vez más. No quería acostarse con aquel hombre mugriento, así que pensó en las flaquezas de su acuerdo, y en que no tenía poder como para doblegarla a su voluntad. Era un humano. Se relajó. Era una completa idiota. Impulsiva, alcohólica y torpe, pero tenía magia, y contra eso no tenía cabida aquel desagradable individuo.

El hombre comenzó a perder turnos, Minerva comenzaba a acercarse a la victoria de manera inesperada. Aquellos números de los

que tanto renegaba habían marcado el final del juego. Primero el uno, luego el tres.

El hombre intentó convencerla con una copa fracasando de manera estrepitosa. Minerva sacó su moneda, la lanzó con escepticismo y la atrapó de manera brusca, guardándola de nuevo en el bolsillo de su vestido.

Ella, la legendaria perdedora había ganado una apuesta.

Definitivamente nada bueno se avecinaba.

Agatha se adentró a la plaza. Caminó con parsimonia por el callejón, fingiendo que escogía el mejor producto.

—¡El hijo del panadero fue elegido para servir a La Trinidad! —exclamó una mujer regordeta mientras ataba el cilantro con una pita.

—¡Qué bendición! —le respondió la que parecía ser su clienta.

Agatha sintió repulsión. Viejas chismosas atiborradas de lo que ellas llamaban fe. Nada más deprimente que la ceguera. «¡¿Cómo es que nadie se percata de que jamás regresan!?», pensó.

Las mujeres siguieron hablando descuidadas, momento que Agatha aprovechó para tomar un pequeño costalillo de arroz.

¡Por fin tendrían una comida decente!

Atravesó la plaza a grandes zancadas hasta alcanzar el umbral del bosque, se adentró con prisa observando de vez en cuando hacia atrás para comprobar que nadie la seguía. Caminó varios metros hasta llegar al arrollo, y cuando se disponía a llenar la botella que tenía en la mochila, vio a una mujer de cabellos claros recostada bajo la sombra de un gran árbol. Parecía dormida, sin embargo, el vaivén de su mano mientras acariciaba una gran iguana verde indicaba lo contrario. La mujer llevaba un vestido claro que resaltaba sobre el verde del prado.

Agatha llenó la botella sin dejar de observar a la mujer, quien levantó su mano para permitir que su gran mascota se bajara de su regazo.

—Midori, volveré por la noche, tengo asuntos pendientes.

2. ¡SALVE A LA TRÍADA!

El viento soplaba con fuerza arrastrando hojas y polvo a su paso. Las aves cantaban una melodía que a Minerva se le antojaba insoportable, aun cuando se concebía a sí misma como una extensión de la naturaleza. Con cada paso que daba sentía su propio peso aumentar de manera considerable. No podía controlar la tempestad que se desataba en su interior. Llevaba seis días en Otorium observando las reacciones de la gente ante el llamado de La Tríada y, aún después de tantos años, aquello no terminaba de encajar. Faltaban piezas. Demasiadas incógnitas. Las palabras de Zarakiel poco a poco dejaban marca en aquella coraza que con tanto esfuerzo había construido.

—Mi señora —habló Lan haciendo una reverencia.

Minerva observó el temblor casi imperceptible que había invadido su mano izquierda.

—¿Qué has averiguado? —indagó sin girarse a verlo.

—No mucho. De Otorium, un muchacho que apenas superaba la veintena; y de las aldeas vecinas, tres niñas y dos adultos con un entrenamiento básico en combate. —Minerva atrapó sus manos, la una con la otra, tratando con tal desesperación de detener el movimiento involuntario que se había apoderado por completo de sus dedos, que solo deseó estar caminando por el pasillo de La casa de las flores mientras degustaba el vino más caro. Se quedó pensativa mientras Lan aguardaba—. ¿Desea algo más, mi señora?

—No, Lan. Puedes retirarte.

—Como guste, mi señora. —Se despidió con una reverencia.

Minerva se permitió observar sus manos, sus ropas y su piel. Se preguntó si ya era tiempo de dejar atrás la magia y dejar al descubierto su verdadero rostro.

Caminó preguntándose si valía la pena cada gota de información. Llegó hasta donde se encontraba Midori y deslizó su mano sobre el pecho de la iguana. El animal dormitaba.

—Tu eres la única que está, la única que me cuida y me apoya. —Dibujó leves caricias sobre las finas escamas verde oscuro—. Mi única familia. —Plasmó un besito cerca de uno de sus ojos.

Minerva agitó su mano derecha en el aire, de arriba abajo en un movimiento elegante, fluido, ocasionando que su aspecto cambiara; luego repitió el movimiento a lo largo del cuerpo de Midori. La iguana levitó siguiendo los pasos de su ama hasta la taberna más cercana.

—¡No se permiten los bichos, bruja! —le grito el hombre tras la barra.

Minerva lo ignoró, siguió avanzando y una vez frente al individuo

barbudo, dejó caer cinco monedas de plata sobre la madera corroída de aquella mesa.

—¡Deme una habitación! —El hombre asintió contemplando las monedas con gesto avaro—. ¡Una limpia!

—Por aquí. —Se encaminó hacia el fondo del pasillo indicándole con un gesto de su cabeza que le siguiera. Llegó al fondo y abrió una puerta haciéndole un gesto con la mano para que entrara.

Minerva ingreso a la maltrecha habitación de madera, observó la cama con gesto ausente y se arrojó sin despojarse de los zapatos.

—Sube, Midori. —Dio tres golpecitos al duro colchón justo al lado de su cuerpo—. ¿Crees que debería volver? —indagó mientras con sus manos temblorosas descorchaba una botella de vino dispuesta a beber directamente de la misma. La iguana saltó y se ubicó junto a su ama con la mirada fija en sus manos—. Tal vez sea más prudente esperar noticias de Lan. —Deslizó la punta de los dedos sobre las escamas cercanas a los ojos y se giró dibujando un besito en la zona acariciada —. Descansa, Midori.

Minerva avanzaba a pasos apresurados, la suave brisa arrastraba su cabello hasta casi cubrir su rostro. Lan le había informado sobre la situación de su aldea. Las guerras internas amenazaban con conducir el poblado al colapso. La hambruna generada por las pérdidas de la última cosecha de trigo azotaba la región entera. Los pocos alimentos que quedaban fueron acaparados por los concejeros y ancianos de la comarca. La gente se marchaba a probar suerte en los poblados aledaños. Una vez llegó al arrollo, se despojó de sus ropas con magia para adentrarse en el agua. Maldijo lo fría que estaba. Maldijo a Zarakiel por haber perturbado sus días, y maldijo tener que volver.

Partió algunas horas más tarde, después de haber realizado la entrega de elixires que le había encargado el alcalde del poblado.

—¡Más rápido, Midori!

Minerva tenía prisa, sentía que algo no andaba bien. Había transformado a su iguana en un animal mucho más grande al cual poder montar y se habían marchado como un huracán en compañía de los últimos rayos del día.

Tan pronto como divisó las afueras del poblado se sintió en paz, todo parecía normal. Minerva juntó unos cuantos trozos de madera y con un gesto de su mano ya se alzaba un fuego abrasador. Midori parecía especialmente encantada con la fogata. La mujer instaló un pequeño domo de protección y se recostó bajo un gran árbol, donde segundos después se acercó su ahora pequeña mascota. Descansaron en compañía la una de la otra hasta que los primeros rayos del alba obligaron a Minerva a levantarse.

—Quédate, Midori, estaré bien. —La iguana paso junto a su pierna

dándole un pequeño empujón—. Ve a comer, te veo en la noche.

Minerva avanzaba con prisa por el bosque. Las gotas de rocío poco a poco empapaban su vestido y su capa. Sentía que el frío atravesaba su calzado hasta enterrarse en sus huesos. Una hora más tarde estaba adentrándose en el pequeño poblado. Se extrañó por la soledad que emanaba el lugar. Antaño los niños corrían desde temprano con sus padres para instalar los puestos de mercado. Los perros ladraban y se perseguían unos con otros, mientras que los gatos saltaban de tejado en tejado. Ahora todo parecía lúgubre. Minerva se preguntó dónde estarían todas las personas, las casas parecían vacías.

Avanzó por la estrecha avenida principal y, a medida que se adentraba en el sendero, algunos murmullos ininteligibles se oían. Minerva se extrañó. Unos cuantos pasos más y pudo distinguir la fuente del sonido. Al parecer las personas estaban congregadas en la plaza.

—¡Al amanecer y al atardecer a mis señores obedeceré! —oyó Minerva el eco de voces conjuntas— ¡Oh, salve! ¡Señores de las sombras en ustedes pongo mi lealtad y mi fe! —Minerva llegó a la plaza y se sobresaltó al ver a todo el pueblo: hombres, mujeres, ancianos y niños rezando aquella absurda letanía para la figura que yacía en el centro—. ¡Salve a la Trinidad! —la gente se arrodilló mostrando su respeto. Uno a uno sus muñecas cortaron, con la misma hoja y en el mismo lugar. Un fino corte que dejaba escapar un hilo de sangre.

La multitud se dispersó, dejando a Minerva ante aquel abominable cuadro carmesí. ¿Hasta qué punto habían cambiado las cosas desde su partida?

Minerva se acercó y observó la estatua. Tres figuras humanas, cada una dando su espalda a las otras dos, en forma de triángulo. Sus ojos no estaban. Sus capas parecían desgastadas. Su piel parecía que se quemaba.

Minerva se preguntó si así luciría la Trinidad. Algo le decía que era mucho más escalofriante de lo que se veía.

De repente fue consciente de lo que aquellas plegarias significaban: el pueblo, su pueblo, había sido dominado.

3. UNA CENA Y UNA HUIDA

Agatha recogía leña en compañía de Alicia. Se habían alejado un poco de casa.

—¡Acá hay otro! —gritó la niña levantando con su manita el trozo de rama seca.

Agatha se acercó, recibió la leña y acarició suavemente la cabeza de la niña revolviéndole el cabello.

—¡Bien hecho, Polilla! —Tomó la rama, la despojó de las hojas y pequeñas ramillas y la ubicó en el montón—. ¡Hora de irnos! —tomó la leña entre los brazos y emprendieron el camino.

Alicia observaba curiosa el paisaje. Recogió pequeñas florecillas. El ramo iba creciendo hasta que su diminuta manita no podía albergar una más.

Agatha empujó el pequeño trozo de madera que servía de puerta a la pequeña cabaña que era su morada, y se adentraron con prisa, felices. Descargó las cosas y corrió hasta el saco de arroz, sacó una pequeña taza y se lo entregó a la niña. Tomó el único recipiente de metal que tenía y se giró a ver a su pequeña. Pensó en lo cómoda que estaría Alicia en casa de sus padres. Lamentaba profundamente tener que llevar de un lado para otro a la pequeña. Lamentaba que pasara

hambre y lamentaba no tener ningún ápice de magia. Observó su morada. Una cabaña corroída y maltrecha. Pequeña y oscura.

Avanzó unos cuantos metros hasta un pequeño riachuelo y llenó el recipiente. Recorrió despacio el camino de regreso, procurando no derramar el agua y entró ubicándola sobre las dos rocas que descansaban en el rincón. Ubicó la leña y algo de paja. Golpeó las piedras una vez tras otra hasta que un débil hilillo de humo comenzó a brotar de la paja. Ubicó la leña y sopló delicadamente sobre el pequeño fuego que empezaba a gestarse.

—El arroz, cariño. —llamó con un gesto de la cara a la niña y está vacío el contenido del pequeño recipiente sobre el agua.

Agatha soplo y custodio el fuego por un rato más mientras la pequeña jugaba con las florecillas.

Luego de cenar, Agatha tomó la pequeña guitarra y la colgó en su espalda. Colocó la capa sobre el pequeño cuerpo de su niña, la tomó de la mano y se marcharon al poblado.

—¿Tocaremos hoy, Agatha? —preguntó curiosa.

—Sí, cariño.

Tan pronto llegaron a la taberna, la mujer la observó con mirada despectiva.

—No te emborraches, jovencita. Aquí nadie cuidara de esa niña tuya.

Agatha sabía. Los niños siempre eran presas fáciles para los vendedores de esclavos. Llevó disimuladamente su mano hasta su cadera, palpando la cinturilla de la falda. Ahí estaba.

—Solo venimos a tocar. Soy un juglar. —Desvió su mano hasta el cabello de la niña en una caricia inocente que deslizó el cabello hasta ocultar la punta de su oreja.

—Adelante entonces. ¡Y más te vale que lo hagas bien! —la mirada acusadora de la mujer le indicó que se molestaría mucho si no vendía la cerveza habitual.

Agatha tomó la mano de la pequeña y la tiró hasta el interior de la estancia. Se ubicaron al frente, en dos sillas aisladas. Descargó la guitarra sobre su rodilla y comenzó a afinarla. Un par de insultos más tarde la multitud comenzó a dejar de balbucear.

—¡Bien hecho! —sentenció la tabernera después de que Agatha recibió algunas monedas. Les hizo un gesto para que la siguieran y les entregó una hogaza de pan—. Mañana vendrán los mineros, sería un buen momento para tocar. —Se marchó con una bandeja en la mano dejando a Agatha asimilando la información.

Partieron felices. Los mineros trabajaban dos semanas seguidas, luego tenían un par de días de descanso, los cuales usaban para volver a su hogar, beber e ir en busca de placer. Sin duda sería una buena noche.

Minerva trató de indagar sobre los sucesos de los últimos años, sin embargo, no obtuvo respuestas. Decidida, emprendió la marcha hacia el bosque, debía hablar con Zarakiel.

—Midori, es hora de partir.

Agitó la mano en el aire transformando en el acto a la iguana, subió a su regazo y emprendieron la marcha a toda velocidad.

El crepúsculo comenzaba a cernirse sobre sus cabezas y Minerva sentía que el cansancio la engullía. Hicieron una pequeña parada para descansar un par de horas e ingerir alimentos.

Los primeros rayos del alba comenzaban a colarse tras las espesas montañas. Las aves entonaban un trino que a Minerva se le antojaba ensordecedor. Acarició dulcemente las brillantes escamas de la iguana y se recostó sobre su regazo abrazándose a su cuello con el cuidado necesario para esquivar las puntiagudas escamas de la parte superior; a pesar de ser pequeñas, podrían lastimarla.

Se adentró en Otorium como alma que lleva el diablo. Estaba ansiosa y desesperada. Necesitaba adrenalina y alcohol. Avanzó por la pequeña plaza y observó con gran desconsuelo que era muy temprano para tomarse un trago, que no había nadie con quién apostar, y que no había una sola belleza despierta en la Casa de las Flores dispuesta a compartir su cama. Su genio empeoró.

Estaba almorzando cuando fue convocada. ¡Las noticias se esparcían como la plaga! No tenía la concentración y la calma necesarias para la preparación de pociones.

—¡Mi señora! —exclamó el obeso alcalde con excesiva lascivia—. ¡Siéntese, por favor! —Le retiró la silla con torpeza y después de que la mujer se sentó, volvió a su lugar. Golpeó la mesa con la palma de la mano y de inmediato una jovencita apareció. Sostenía una jarra de vino y caminaba con temblor.

A Minerva le enterneció. La joven llenó la copa del alcalde y se acercó a llenar la suya. Minerva tomó la jarra de vino y se sirvió, dejó la jarra de lado y observó a la joven sin discreción alguna. Dio un sorbo a su bebida y se giró a ver al alcalde.

—Y bien, ¿qué será esta vez?

—¡Oh, una cosilla de nada! Solo un poco de sastrería mágica. Algo que me ayude a recuperar la forma, ya sabe.

—Está bien —respondió en tono cansino. Volvió a ver a la joven y sonrió, por primera vez en el día.

—¿Qué desea como pago esta vez?

Minerva observó a la joven y respondió:

—A ella.

—¡Oh, por supuesto! Esta noche la espera en una de las habitaciones de invitados. —El hombre parecía especialmente emocionado—. ¿Cree usted que podría unirme?

—¡No! —escupió Minerva—. ¡Quiero a la joven, no una noche con ella!

—¡De ninguna manera! —golpeó la mesa provocando un sonido considerablemente fuerte—. ¡Ella es mía!

Minerva se levantó de un salto, visiblemente encolerizada.

—¡Entonces no hay trato! —emprendió la marcha.

—Es… espera… —Minerva se detuvo.

—¿Me la dará?

—Ya decía yo que no sería nada barato. ¡Con lo que me costó la escuincla y ni siquiera me la había llevado a la cama!

—En la noche estará lista la poción. La joven se va conmigo.

El hombre hizo un ademán con la mano indicando que se marcharan. Minerva agarró a la joven por el brazo y la arrastró fuera de la mansión del alcalde, hasta la taberna más cercana. Estaba abierta, para fortuna de la mujer. Se adentraron con prisa. La hechicera sacó algunas monedas de los bolsillos y las colocó sobre la mesa con prisa.

—Una habitación.

—Arriba a la derecha, la puerta del fondo. —Le entregó una llave.

Una vez dentro, la joven comenzó a temblar. Minerva se acercó hasta que la joven no pudo retroceder más y terminó pegada a la pared. Acercó su nariz hasta las clavículas de la joven y aspiró. La joven comenzó a hiperventilar, al borde del llanto. Minerva subió hasta su boca y dibujó un beso fugaz, al que le siguieron caudales de lágrimas por parte de la joven y un beso posesivo de parte de la hechicera.

—¡Ay, no puede ser! —exclamó molesta la hechicera. Rebuscó en sus bolsillos y sacó varias monedas de plata. Tomó violentamente la mano de la joven y le entregó las monedas.

—No, yo no soy…

Minerva se giró sin esperar a que terminara la frase y objetó:

—Tendré que buscar placer en otro lado. El dinero te alcanzará para un par de semanas. Ahora estás por tu cuenta.

Se marchó como el huracán que era. Buscó a la tabernera y le entregó unas monedas de cobre.

—La joven se quedará unos días más. Que nadie la moleste.

—Seguro. — La tabernera le enseñó la escopeta que escondía bajo la barra y Minerva sonrió, consciente por primera vez de los risos rebeldes y la boca rosa de la mujer que tenía enfrente, además de su carácter y atractivo explosivos.

Debía buscar a Zarakiel. A ese molesto amigo suyo, porque en el fondo Minerva sabía que eran amigos, así se empeñara en desbaratar los pocos lazos afectivos que le quedaban.

Después de algunas horas la noche se acercaba, y con ella la gente

comenzaba a congregarse en las tabernas. Minerva buscó la taberna donde había visto a Zarakiel la última vez y se preguntó por qué parecía particularmente llena. Ingresó con fastidio y se ubicó en un rincón. Se sirvió vino y comenzó a buscar a Zarakiel con la mirada.

—Hoy estás particularmente bella, Minerva.

—Y tú estás perfectamente feo, Zarakiel.

—¿Por qué has vuelto a tus rasgos originales?

—Porque me ha dado la gana.

—Soberbia como siempre.

La gente comenzó a golpear la mesa con la jarra de cerveza, atrayendo la mirada de los dos amigos hacia el espacio vacío del frente. Una jovencita se sentó, sacó su guitarra y comenzó a dibujar lánguidas caricias sobre las cuerdas. Una niñita se acercó con una jarra en sus manos y una hogaza de pan. Se sentó junto a la mujer, le entregó la jarra y comenzó a comer con apremio el pan. La joven dio un sorbo a su bebida y comenzó a tocar.

Largos cabellos que surcan el mar
¡Oh, Imiel! ¿Dónde estás?
Por tierra y cielo te he ido a buscar
Mi amor, ¿dónde estás?

—¿Qué hace una chica elfo aquí? —indagó Zarakiel.

—Dos. La cría también.

Zarakiel hizo un ademán y la tabernera se acercó.

—Trae algo de comer.

La mujer desapareció entre la gente.

—Y dime, ¿cómo están las cosas en la aldea?

A Minerva se le encogió el estómago. Agarró la copa y se la bebió de un sorbo, con manos temblorosas.

—Mal —atinó a decir.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué esperas que haga? —atacó.

—Buscar respuestas. Sé que no tienes paz. Necesitas saber el motivo de la muerte de Juan y Katie.

A Minerva se le inundaron los ojos. No necesitaba conocer el motivo en sí, para ella nada podía justificar los actos de la Tríada. Necesitaba hacerlos pagar. Fuesen los seres que fuesen, debían pagar por la vida de los dos seres que más había amado.

—¡Estaré en paz el día que derrote a la Tríada!

—Shh —la acalló Zarakiel, buscando que hablara bajo.

—Aquellos que arrebatan vidas no merecen ser llamados dioses, ¡y yo me encargaré de mostrar que los dioses también sangran!

—Hay un rumor… —susurró Zarakiel—. Se dice que la Trinidad vive en medio del Bosque Negro.

—Nadie entra allí, salvo las orejas de punta.

—Entonces necesitaremos un guía.

Los ánimos comenzaban a agitarse en la entrada. Al parecer estaba al borde de empezar una pelea.

—¡Capas azules! —gritó un hombre barbudo mientras se abría paso entre la multitud.

La gente comenzó a alterarse, a pesar de respetar la Trinidad, su ejército no era bien recibido, sobre todo porque solían usar su poder para obtener dinero.

Minerva desvío la mirada a la zona central de la taberna, buscando a la joven juglar con la mirada. No la halló. Los capas azules ingresaron a la taberna ubicándose en el centro, donde antes cantaba Agatha.

—Buscamos a una niña y una joven elfo —comenzó el que parecía ser el capitán, mientras que un par de subordinados se dedicaban a pegar algunos carteles en la taberna—. Se les acusa de alta traición, cuya pena es la muerte. Quien las ayude sufrirá el mismo destino. ¿Alguien las ha visto?

Los hombres estaban tan ebrios que no prestaron atención al retrato.

Minerva dio un respingo al sentir un murmullo tras de sí. Se giró y encontró a la joven temblando mientras escondía a la niña bajo una ruana.

—Vamos, Zarakiel. —susurró

Se levantó, cogió a la joven por un codo y se acercó a su oreja antes de que reaccionara.

—Las sacaré de aquí Y a cambio usted hará algo por mí.

Se acercaron con cautela a la tabernera mientras los capas azules interrogaban a algunos compañeros, le entregó algunas monedas a la mujer y se acercó a su oído.

—¿No habrá otra manera de salir de aquí?

La mujer asintió, se levantó y comenzó a avanzar. Ellos la siguieron hasta divisar la puerta, luego la mujer se devolvió con la misma prisa que había llegado. Agatha tiraba a Alicia de la mano.

—De prisa, la mujer seguro nos venderá —afirmó Zarakiel.

Caminaban por el estrecho y oscuro pasillo cuando las pisadas tras ellos se hicieron presentes, latentes.

—¡Más rápido! —exclamó Minerva. —¡Corran!

Alcanzaron la calle a grandes zancadas y Zarakiel se acercó de inmediato a la niña, le tomó la otra mano y continuaron la huida. Los Capas Azules se acercaban cada vez más. Se adentraron en el bosque.

—¡Midori, date prisa!

4. AVANZANDO SIN UN PLAN: ¡TODO ES CUESTÓN DE AZAR!

Agatha se bajó de un salto, se giró y se acercó más a la iguana para recibir a Alicia en sus brazos. La colocó con delicadeza en el piso y se puso al frente. Minerva se bajó, observó a Zarakiel murmurando algo ininteligible mientras trataba de desenganchar sus ropas de las escamas de Midori, luego se acercó a paso lento hasta estar frente a la joven.

—Guíanos al Bosque Negro —demandó.

Agatha examinó aquel rostro. Los ojos azul intenso que le devolvían la mirada se sentían como el mismísimo fondo de un acantilado. Sus cabellos castaño oscuro se movían con la brisa exhibiendo con armonía sus ondas. Su piel clara contrastaba con sus ropajes morados. Agatha encontró muy presuntuosa aquella capa que ondeaba ligeramente con el viento. La mujer era muy bella y excesivamente demandante.

Apenas era una niña cuando había visitado el bosque negro, pero aún recordaba cada uno de sus caminos, cada uno de sus aromas, y esa sensación que la invitaba a explorar cada rincón. Los elfos eran uno con el bosque, como si entre susurros ininteligibles pudieran comunicarse. Y Agatha no era la excepción, al menos no en ese caso. Recordó también las criaturas. No podía ir allí.

—No. —Buscó con su mano la manita de Alicia y la atrapó con gesto protector, buscando ubicarla tras ella.

—¡Me lo debes! —escupió Minerva, visiblemente molesta.

—Es verdad. Muchas gracias por salvarnos, de verdad le estoy muy agradecida, pero es peligroso —acarició a la niña en el hombro y la acercó con la intención de emprender la marcha—. No puedo exponerla de esa manera.

Minerva se ubicó frente a Agatha obstruyéndole el paso.

—Minerva —intercedió Zarakiel—, ¡déjalas!

Minerva se hizo a un lado de mala gana.

—Gracias. Estaré en deuda con ustedes.

A Agatha le habría gustado ayudarles, no era de las que dejaban sus deudas sin saldar, pero la seguridad de su niña no era negociable.

—Aunque junto a dos magos los peligros no serían tan aterradores —argumentó Zarakiel observando a la niña con ternura—. Y la comida no faltaría. Incluso puede que la cruzada se torne agradable.

Alicia se emocionó en cuanto escuchó que habría comida. Le agradaba el bosque y le gustaba mucho más estar rodeada de gente.

Observó a Agatha con mirada suplicante. Agatha se giró a ver a la niña a los ojos y se inclinó hasta estar a su altura.

—¿Qué piensas, cariño?

—¡Yo quiero! ¡Yo quiero!

Agatha cayó entonces en la naturaleza de aquel hombre y mujer. Eran magos. Los Capas Azules jamás las encontrarían si viajaban con los hechiceros. También serían buenos aliados en el combate.

—Está bien, iré, pero tendrá un precio.

—¡No te basta con que te hayamos salvado!

Zarakiel tomó a Minerva por los hombros en un gesto tranquilizador.

—El dinero no será un problema.

—Entonces iremos.

—Entonces debemos ir al próximo poblado a comprar provisiones. Por cierto —se giró a ver a Agatha—, soy Zarakiel —le tendió la mano y ella se la estrechó con gesto amable.

Agatha observó entonces al mago. Cabello blanquecino largo y enmarañado, ojos oscuros y barba larga. El hombre tenía un extraño estado de deterioro y decadencia, que, en vez de generar temor en la joven, le dio seguridad. Parecía una persona que había sobrevivido a muchas dificultades, y eso la tranquilizó.

—Agatha, y ella es Alicia —señaló a la niña.

—Y ella es Minerva.

—No hay necesidad de interesarnos por la vida del otro, y sería bueno que dejen de simular que es importante hacerlo. Andando. Cuanto más rápido lleguemos, más pronto partiremos.

Ninguno protestó. Minerva volvió a Midori a su tamaño original con un gesto de su mano. Comenzaron a avanzar a paso apresurado, presos de un silencio que lo absorbía todo. Minerva observó sus manos y la aprehensión de su pecho se multiplicó. Se las agarró entre sí con gesto quedo tratando de mitigar el temblor que la embargaba. Odiaba a Zarakiel por haberla metido en aquella situación. Pero odiaba mucho más a aquellos que le habían arrebatado la felicidad, y haría lo que fuera hasta que pagaran con su vida si era preciso. Todo lo que necesitaba para tranquilizarse era una gran apuesta, un generoso vaso de vino, y una bella mujer con la cual compartir la cama. Lo demás sería cuestión de azar.

Agatha, por su parte, atrapó la manita de la niña y continuaron avanzando bajo la atenta mirada del mago. Zarakiel era un hombre muy peculiar, un tanto osado también, algo que iría descubriendo con el tiempo.

—¿Por qué te persiguen los Capas Azules? —preguntó a bocajarro.

Agatha no sabía que responder. Estaba acostumbrada a hilvanar una mentira tras otra, pero ante aquella situación no supo cómo

reaccionar. Tampoco tuvo tiempo para pensarlo.

—Porque Agatha me llevo con ella para que no fuera entregada a la Trinidad.

—¡Alicia! —la reprendió Agatha.

—Perdón —murmuró visiblemente arrepentida.

Zarakiel sonreía apacible. Observó de reojo a Minerva quien iba considerablemente adelante.

—¡Oye, Minerva! —gritó Zarakiel—, de nada sirve que huyas, creo que la chica te va a agradar.

—Cállate y concéntrate en el plan.

—¿Cuál plan?

—Ese que no tenemos.

5. DOS SON MULTITUD

Comenzaba a caer la noche cuando arribaron al pueblo más cercano. Se dirigieron a la primera posada que hallaron y pidieron dos habitaciones.

—Debo avisar a Lan —susurró Minerva a Zarakiel, luego salió de la taberna presa de una ansiedad que a su amigo le resultó inusual.

Su estado parecía ir en un eterno crescendo.

—Cualquier ayuda nos vendría muy bien.

Minerva se marchó. Zarakiel se volvió entonces hacia la joven y la niña, se acercó y le tendió una llave junto con algo de dinero.

—Tengo asuntos que atender. Descansen, partiremos con los primeros rayos del sol.

Zarakiel tomó una jarra de cerveza y dejó en su lugar el dinero. Se acercó hasta la mesa más concurrida y, con una frase que Agatha no entendió, consiguió que lo dejaran sentarse con ellos.

Agatha pensó entonces que aquellos hombres, o estaban muy ebrios para dejar sentar a un desconocido, o eran muy estúpidos.

—Deme una taza de avena y una hogaza de pan, por favor.

El hombre que atendía descargó las jarras de cerveza que limpiaba y sacó un cuenco del armario, se dirigió hasta la inmensa olla que reposaba sobre un fuego casi extinto y sacó una cucharada de avena depositándola en el tazón.

—Aquí tiene —colocó la hogaza de pan sobre un pequeño plato de metal y la arrastró sobre la madera hasta acercarla a la joven.

—Agréguelo a la cuenta. —Tomó los platos e hizo un gesto con su cara invitando a la pequeña a seguirla.

Cenaron, jugaron y se dispusieron a descansar. Alicia parecía feliz, y eso llenaba el corazón de Agatha. Poco importaban las situaciones por las que habían pasado si al final aún se les dibujaba una sonrisa.

Minerva se adentró en el bosque junto a Midori, se sentó bajo un árbol y cruzó las piernas palmeándolas a su vez para que la iguana se acercara.

—¿Qué piensas de ella? —Midori la observó detenidamente y luego movió la cabeza en busca de la mano de su ama, que yacía suspendida en el aire a escasos centímetros de sus escamas. Reclamó sus caricias con decisión—. Será peligroso.

Minerva cerró los ojos y, después de algunos minutos, su respiración era apacible.

«Lan —lo llamó en sus pensamientos— ¡Lan!»

«A su orden, mi señora».

«Ven cuanto antes, estamos en Nedele».

«Como usted mande, mi señora».

Con manos temblorosas acarició las escamas de Midori, luego movió ligeramente su mano derecha, en la cual apareció una copa de vino. La observó detenidamente. Aún le costaba creer que estaba sola. Incluso había aprendido a vivir en soledad, y entonces había llegado Zarakiel con sus absurdas ideas rebeldes y había infestado su tranquilidad. No le gustaba la gente. No soportaba a la gente, y resultó entonces que ahora tenía una comunidad de viaje. Una maldita cruzada.

Llegó a la taberna un par de horas más tarde. Bebió, apostó, perdió y se enojó por haberse hospedado en una posada y no en un burdel.

Agatha la oyó maldecir una y otra vez su existencia, su vida y su suerte, y, en el fondo, le dolió.

—¿Qué has averiguado? —indagó Minerva mientras devoraba su comida.

—No mucho, en realidad. Todo el mundo cree que es un ser supremo.

Agatha entendió entonces que Zarakiel se había sentado junto a aquellos hombres para obtener información.

—¿Tú qué piensas?

—Nadie los ha visto jamás. Puede que ni siquiera sean reales. —Mordisqueó el queso—. ¿Lancelot vendrá?

Minerva asintió.

—Mamá —Alicia tiró del brazo de Agatha para que se acercara—. ¿Quién es Lancelot?

—Supongo que un amigo de Minerva y Zarakiel.

Agatha se recompuso en su lugar y halló la mirada penetrante de Minerva. Primero en ella, luego en Alicia. Tomó la manita de la niña y se levantó.

—Nosotras esperamos fuera.

Agarró dos panecillos con prisa y tiró de la niña que estaba a punto de protestar.

—Y tú, ¿qué averiguaste?

—Había un viajero con las manos muy largas… —Minerva se retiró el cabello del hombro con hastío, recordando las repulsivas caricias—. Dijo que en el este se murmuran cosas, rumores entre las sombras —se inclinó un poco—. Una unidad, tres caras, tres vidas —susurró—. Eso dijo el hombre.

—¿Qué significa eso?

—¡Yo qué sé! —se levantó de la silla—. ¡Seguro se inventó esa palabrería para poder tocarme! —Zarakiel se levantó dejando el dinero sobre la mesa—. Lan debe estar por llegar. Andando.

A la salida Agatha y Alicia estaban sentadas en el piso jugueteando con los pastos que se abrían paso entre el pavimento y la roca. Tan pronto vieron salir a Minerva, se levantaron y se limitaron a seguirla.

A la salida del poblado las esperaba un hombre alto y fuerte. Cuatro caballos estaban alrededor, arrancando el pequeño pasto del prado, mientras que Midori estaba sobre una gran roca, justo al lado del hombre.

—Lancelot —lo saludó Zarakiel—. ¡Qué gusto verte, viejo amigo!

Se abrazaron de manera efusiva, luego se dirigió a Minerva.

—Mi señora.

Cargaron el equipaje, en su mayoría comida y algunas mantas; luego subieron a los caballos y emprendieron la marcha. Lan era un hombre muy agradable y predispuesto a divertir a los niños, pese a sus rasgos reservados. Alicia se divertía mucho con las historias que le narraba. Cuatro horas más tarde llegaron a un claro, cerca de un pequeño río, desmontaron y desensillaron los caballos para que se alimentaran y descansaran un rato.

Al cabo de un rato, Lan llegó con algunos peces. Zarakiel y Agatha asaban algunas papas. Alicia jugueteaba alrededor, recogiendo flores y persiguiendo mariposas.

—Iré a llamarla —sentenció Agatha una vez el almuerzo estuvo listo. Imaginaba que la mujer estaría en el río.

Avanzó algunos metros entre las ramas y la maleza, hasta que divisó a Minerva a medio sumergir en el agua, temblaba y respiraba con dificultad. Agatha se acercó.

—¿¡Qué haces aquí!? —escupió molesta.

—Ya está la comida. —Observó a Minerva, sus manos y sus pechos. Temblaba—. Tienes frío —tomó la manta y se acercó.

—Nadie solicitó tu ayuda, ¿sabes? —salió del agua con un enfado palpable— ¡Dos son multitud, niña!

6. CUANDO CAE LA CORAZA

Minerva había comido sola. Lejos de la mirada de aquellos cuatro individuos que parecía que lo único que tenían por pasatiempo era observarla sin cesar. Estaba cansada de sus miradas, aun cuando estaba aprendiendo a descifrarlas. En la de Lan halló respeto; Zarakiel, en cambio, le dedicaba una que otra mirada retadora. La niña la observaba como lo hacen los niños propios de su edad: con curiosidad y sin un ápice de disimulo. Alicia siempre le sonreía con dulzura. La mirada de Agatha fue quizá la más compleja. Parecía que había instantes en que no la soportaba, y muchos otros en que la veía como si fuera un niño rebelde falto de amor y calor.

Habían cabalgado durante tres días, descansando a ratos y caminando otros tantos, hasta que al fin habían llegado a un poblado bastante comercial y alegre. Minerva no veía la hora de saborear el vino que allí se servía, y estaba aún más impaciente por apostar lo que quedaba en sus bolsillos. Desde el encargo para el señor del poblado no había disfrutado como debería. Agatha, por su parte, quería que la niña descansara bajo el calor de las mantas, aunque fuera por una noche. Hacía dos días que tenía tos y algo de malestar a causa del frío nocturno.

Llegaron a la entrada del poblado, hallaron un lugar para dejar los caballos, pagaron una generosa cantidad por su cuidado y se marcharon en busca de un sitio donde pasar la noche. Avanzaron por la plaza hasta hallar una casa grande, decorada con flores y cortinas rosa y rojo. Minerva comenzó a subir las escaleras.

—Espera —dijo Zarakiel tomándola delicadamente del brazo—. No podemos quedarnos aquí —señaló a la niña con un gesto de su cabeza.

—¡Pues márchense a otro sitio! —Minerva se zafó del agarre del mago y lo miró con desdén—. No me importa.

Zarakiel observó a Agatha, esta vocalizó un: «No pasa nada» que Zarakiel logró entender y comenzó a avanzar tras la mujer de ojos azules.

Media hora más tarde, Agatha tenía en sus brazos a Alicia, y esta apretaba contra su pecho un conejito de peluche.

—¿Qué canción quieres que te cante? —le acarició la nariz con el meñique.

—La mía. —Alicia pasó su bracito bajo el de Agatha en un intento de abrazo cariñoso.

Agatha comenzó a cantar mientras mecía el cuerpecito de la niña en un tierno vaivén.

Mi linda oruguita
Te has ido adueñando
Trocito a trocito
De mi corazoncito.

La pequeña pronto se durmió.

Minerva caminaba con botella en mano, dando sorbos torpes que permitían el paso de algunas gotas de vino, las cuales se deslizaban con prisa surcando su mandíbula, bajando por su cuello y aterrizando en el encaje del vestido, justo sobre el inicio de su pecho. Observó cada una de las mujeres que estaban allí sin realmente darle importancia a su físico. Todo lo que deseaba y necesitaba era el calor de una piel, el frenesí de unos besos y la sensación de olvido y abandono que llegaba junto con el éxtasis.

Eligió a la mujer que menos ropa vestía, la arrastró hasta la habitación y, con un deseo sobrehumano, la despojó de las prendas que le quedaban. La empujó contra la puerta en un intento torpe por cerrarla, dando un portazo. No sé molestó en disculparse con la joven por el leve golpe, ella tampoco se quejó. Minerva se abalanzó sobre su boca, dibujó una mordida sobre sus labios y pasó la lengua con parsimonia ante la presencia de aquel sabor metálico. Desapareció sus ropas con magia y se pegó más a la mujer, hasta que sus extremidades parecían fundirse. Buscó sin miramientos entre las piernas de la joven y la penetró con deseo salvaje, arrancándole un quejido que no se molestó en analizar si se debía a dolor o placer.

Agatha escuchó el golpe, los gemidos y los pedidos de Minerva. Cada palabra. Odió el hecho de que las paredes fueran demasiado finas; y su compañera de viaje, en extremo escandalosa. Su niña se revolvía en la cama dando sobresaltos con cada agudo sonido que viajaba desde la habitación de al lado. La ira se formó y se instaló en su interior. «¡Maldita mujer lujuriosa!», pensó.

Un golpe en la cabeza fue lo que hizo que Agatha despertara exaltada y dolorida. Alicia se había girado dormida, estampando su cráneo en su rostro; luego había vuelto a su posición habitual sin inmutarse. Morfeo no le había propiciado un descanso satisfactorio, y la culpa la tenía aquella mujer de mirada huracanada.

Partieron después del mediodía, luego de preparar algunas provisiones.

Marchaban a paso firme, hablando de cosas sin importancia y entretenidos con alguna canción que terminaban sonsacándole a Agatha.

Minerva se abstenía de participar, parecía estar en otro mundo. Agatha la observaba en algunas ocasiones, siempre parecía ansiosa y

preocupada. No le gustaban las distancias, así que se propuso mejorar las cosas con Minerva. Esperó hasta el anochecer, cuando ya todos estaban bajo el calor de las mantas, excepto la hechicera. Se acercó con cautela hasta el lugar en el que se encontraba, al pie de un árbol a unos cuantos metros del sitio en el que ellos estaban descansando. Halló a una Minerva temblorosa, al borde de la ansiedad y el llanto. Algo se removió en su interior. Una mujer tan decidida y de carácter fuerte también podía llorar y quebrarse, y eso para Agatha fue razón suficiente para querer acercarse.

—¿¡Qué quiere!? —cuestionó con malestar la hechicera.

—Nada. —Se sentó a su lado.

—¡Entonces vaya a dormir!

Agatha se acercó y atrapó a Minerva en un cálido abrazo.

—Está bien no estar bien.

—¿Quién dijo que estoy mal?

—Esto, Minerva. —Agatha limpió el rostro de Minerva con sus dedos y atrapó sus manos que no paraban de temblar—. Deja la coraza, por favor. —Minerva comenzó a respirar con dificultad—. Respira, y si quieres hablar con alguien, aquí estoy. —La estrechó entre sus brazos con ternura.

Poco a poco la respiración de la mayor se fue normalizando, y los temblores cesaron.

—Nunca imaginé que los abrazos se sintieran tan bien…

—¿Quieres contarme el motivo del temblor? —preguntó Agatha, que no terminaba de entender cómo había acabado en aquel estado.

Dibujó leves caricias sobre los cabellos castaños, esperando una respuesta que creyó que jamás llegaría.

—Años de soledad. Años de pérdidas y de dolor. —Se sorbió la nariz —. ¡Pero ya no puedo más! Siento que si continuo de esta manera me fragmentaré hasta que no quede nada… Hasta que no sienta nada…

—Aquí estaré siempre que me necesites. Ahora hay que descansar. Vamos.

—¡Maldita mocosa!, nadie nunca había atravesado mi coraza.

—Para todo hay una primera vez.

7. ESE INCESANTE SUSURRO

Las corrientes de aire comenzaban a cambiar, y eso generaba en Alicia un malestar. Agatha la abrazó y continuaron la marcha a caballo.

—¿Finalmente nos contarás por qué te marchaste de la cuidad álfica? —indagó Zarakiel.

—Alicia había salido en la lista de ofrendas a la Tríada.

—Y tú no estabas de acuerdo… —completó Minerva más para ella que para todos, como si interiorizara sus palabras.

Agatha la miró. Sus cabellos se revolvían con el viento y en su rostro se dibujó una tímida sonrisa cuando sus miradas se encontraron.

—Es un gesto muy noble —dijo Lan—. ¿Entonces no pueden regresar?

—No.

—Si sobrevivimos puedes… —Minerva hizo silencio de repente, observó con detalle las huellas que yacían en el lodo y se tensionó.

Lan se puso en guardia, con la mano sobre su espada, mientras que Zarakiel continuó mordisqueando un trozo de queso.

—Midori —llamó a la iguana, quien viajaba a su ritmo a cierta distancia. —Enséñame lo que ves— susurró unas palabras por lo bajo y se estremeció—. Algo se acerca, oculto en las sombras. No somos bienvenidos. —Se bajó con brusquedad del caballo—. Bajen de los caballos. ¡Ahora!

—¡¿Qué pasa, Agatha?! —Alicia estaba ansiosa.

—Tranquila, cielo, ellos se encargarán. —Tomó la manita de la niña y le dio un suave apretón, en gesto tranquilizador—. Ven.

Agatha se acercó a un gran árbol, y con gesto gentil lo acarició. Minerva tenía razón, algo los acechaba, y no parecía haber posibilidades de combate ante tanta maldad. Miles de susurros se adentraban en su cabeza como los zumbidos de una colmena. Un extraño pensamiento se instaló en su interior. Buscó con su mano libre la daga que yacía en su cintura y la sacó con gesto tosco, ocasionando un sonido ronco. La acercó hasta su muñeca derecha y rozó la tierna piel. Justo cuando estaba a punto de presionar con fuerza salió impulsada hacia atrás aterrizando contra una roca con un quejido decadente.

Minerva se acercó a Agatha. Temió haber abusado de la magia.

—¿Por qué?

—Los árboles susurran cosas, cosas nefastas. —Tosió—. Se meten en tu cabeza y se adueñan de tu voluntad.

Alicia se acercó sin abalanzarse sobre la joven, y con lágrimas en los

ojos, susurró:

—¿Estás bien? —Agatha asintió y se esforzó por parecer ilesa, aun cuando el golpe le impedía moverse con soltura, además, respiraba con dificultad.

—Estoy bien —la abrazó—. Pero estaremos mejor si no tocamos los árboles, ¿vale? —La niña asintió—. También quiero que hagamos un trato. —Acarició la mejilla y la nariz de la niña—. Si las cosas se ponen peligrosas usarás tu poder y te ocultarás, no importa lo que suceda. ¿De acuerdo? —Alicia asintió y abrazó nuevamente a la joven.

Zarakiel y Lan examinaban el árbol con desconfianza.

—¡Dejen la payasada ustedes dos! Solo los elfos pueden oír los susurros del bosque.

Zarakiel la observó de mala manera.

—Los caballos deben regresar —murmuró Agatha con voz apagada —. Llamaríamos demasiado la atención de lo que sea que nos acecha.

Organizaron las pocas pertenencias que tenían. Reticentes, solo se quedaron con la poca comida que les quedaba. Observaban con desgana el camino sin atreverse a avanzar. El temor delo desconocido se instaló en sus corazones y los abrazó con ternura, acunándolos. El estornudo de Alicia les recordó que debían avanzar. Pronto llegarían al Bosque Negro.

—Agatha, estoy cansada. —La niña tiró de la mano de Agatha y la observó con ojos tristes.

—Camina un poquito más, cielo. —La apremió con un empujoncito juguetón—. Anda que te atrapo.

La niña no corrió.

—¡Álzame! —moqueó al borde del llanto.

Agatha la cargó entonces en sus brazos con gesto preocupado. Besó la frente de la niña notando lo caliente que estaba. Utilizó entonces parte de sus ropas para sujetarla a su cuerpo y cortó un trozo de su camisa. Destapó la cantimplora y empapó el trozo de tela para colocarlo en la frente de la niña.

Minerva observaba cada movimiento de la muchacha. Sonrió al ver lo preocupada que se veía y le pareció tierno aquel gesto tan particular de Agatha, esa caricia que dibujaba en la nariz de la niña cada vez que ella le susurraba algo. ¿Ella hubiera sido tan buena madre como Agatha?, se preguntaba. Recordó entonces la sensación de su abrazo y le gustó lo que sintió. Se instaló entonces en su pecho una necesidad. Deseaba que sus brazos la recibieran otra vez, sentir el calor de una piel que no fuera la que alquilaba por unas cuantas monedas. Deseaba sentir sin tener que pagar por ello. Dar y recibir. Llevaba tanto tiempo deambulando entre pieles, buscando hallar las emociones que se habían marchitado, supliendo de sensaciones vacías

el agujero de su corazón. En cada ocasión buscaba sentir una vez más, mostrarse que aún era un individuo con sensaciones, con emociones, con alma. Pero cada vez sentía menos, como una droga que va perdiendo el color y se hace cada vez más ineficiente. Con Agatha parecía diferente, y eso, en cierta medida, la aterraba.

Observó una vez más a la joven mujer y se fastidió por sus emociones.

—¡Maldita sea, no soporto más sus lloriqueos! ¡Trae acá! —soltó a la niña del agarre y la atrapó en sus brazos. Se sentó sobre el pasto y apoyó a la niña en sus piernas, ubicó su mano en su frente y murmuró algo que Agatha no entendió. Segundos después la niña dejó de llorar.

Agatha entendió entonces lo que Minerva había hecho y le estuvo infinitamente agradecida.

—¡Me debes otra! —Agatha bajó la mirada. A ese paso jamás podría devolverle ningún favor. Minerva se inclinó hacia Agatha, quien se acababa de agachar para recibir a la pequeña—. Pero por ahora preocúpate por no morir —le susurró, tratando de evitar la incomodidad que estaba a punto de cernirse—. Después veremos cómo me pagas.

Agatha asintió. Aquella mujer de mirada huracanada no era tan insensible después de todo. Era algo así como fastidiosamente agradable. Dejó de mirarla a los ojos y observó su boca. Esa media sonrisa descarada le decía que tras esa coraza había una mujer. No un monstruo, ni una hechicera desalmada, solo una mujer, con deseos y pasiones.

Y eso le gustó.

8. RAÍZ

El aire se tornaba más viciado. Los árboles lucían enfermos; nigérrimos a causa de un extraño moho que se cernía sobre la superficie, corroyendo y mutilando la corteza. En el piso no había pasto, solo hojarasca en estado de putrefacción. Hacia una hora que se habían adentrado en aquella zona, la cual no parecía terminar.

Lan avanzaba adelante, rozando maleza para abrir un sendero. Minerva lo seguía sin quedarse atrás.

Agatha alcanzó a Minerva, se permitió observar la ternura con la que acariciaba a Midori, quien descansaba en sus brazos. Observó sus ojos y bajó hasta su boca. Una extraña incomodidad la invadió. Recordó entonces los gemidos y demandas de Minerva, esos malditos sonidos que habían atravesado la pared, y sintió que, de alguna manera, también habían traspasado su corazón. Porque a su memoria llegaron aquellas palabras confesadas junto al lago, y, como si todo cobrara sentido, sintió pesar de solo pensar que Minerva tenía que pagar por un rato de afecto. Porque deseaba que fuera algo más que lujuria.

—¿Ya has pensado cómo pagarme? —La observó con mirada descarada y se sintió complacida cuando Agatha negó, sonrojada, y agachó la cabeza.

A Agatha se le secó la garganta. Minerva, en cambio, observó a la chica, su cabello rojizo reposaba sobre su hombro en una trenza suave. Sus orejas se perdían entre sus cabellos dejando entrever solo la diminuta punta que se estaba casi por la fuerza. Su piel era de un tono cálido y sus ojos miel le dulcificaban el rostro. Minerva sonrió. Era joven y tenía un rostro aniñado en extremo tierno. Después de todo no era tan malo molestarla. Era divertido.

Agatha subió a la pequeña Alicia a su cuello y esta sonrió complacida y comenzó a juguetear con su trenza. Cosquilleaba el cuello de la joven con las puntas de su propio cabello sacándole risitas contenidas.

Un sonido agudo reclamó la atención de todos. Zarakiel dejó de tomar agua, su cantimplora casi se derrama.

—Mi señora, atrás de mí —farfulló Lan ubicándose frente a Minerva con gesto protector. Agatha vio como sus manos se aferraban con fuerza a la empuñadura de su espada.

—Cariño —susurró a la niña mientras la bajaba—. Creo que es momento de que uses tu raíz. —La abrazó fuerte y le dio un besito.

—No quiero estar sola… —imploró sollozando.

Minerva observó la escena. Sabía que Agatha no quería separarse de

la niña, pero era lo mejor para ella.

—No estarás sola, solo que no te veremos, pero tú seguirás junto a nosotros, ¿vale? —La niña asintió no muy convencida. Cuando usaba su poder no podía tocar a nadie, no la veían y no la escuchaban. Alicia no solía separase de Agatha.

Minerva conjuró un hechizo y lo lanzó sobre Midori. Ya no temblaba. Recuperó la vitalidad que el frío y la falta de luz le habían arrebatado.

—¡Cuídala por mí! —susurró. La iguana ladeó la cabeza observándola curiosa solo por uno de sus ojos.

—Toma. —Se acercó a la niña y le entregó la iguana—. ¿Podrías cuidarla por mí?

Alicia observó al pequeño saurio y lo tomó en sus manitas.

—Pesa —se quejó. Al instante la iguana se hizo más pequeña.

Minerva sonrió. Funcionaba. Podría cambiar de tamaño según la situación lo requiriera. Susurró entonces a Midori, en su mente.

—Cuídala bien, y cuídate tú también, guapa. Si algo sucede y debemos separarnos, llévala lejos y busca a aquella joven que dejé en la taberna. Cobra el favor. Dile que cuide de la niña. —Minerva le dedicó la última sonrisa a su compañera.

Agatha besó en la frente a la niña.

—Todo irá bien, cielo. —Acarició su carita—. Estaré bien. Estaremos bien. Cuida de Midori.

La niña se hizo invisible en unos cuantos segundos y Agatha sintió que su corazón se quebraba. Quiso regresar, dejar todo atrás y volver a la única vida que conocían. Pero ese era el problema, no quería que Alicia solo conociera las huidas y las preocupaciones. Quería darle una vida de libertad, y eso solo lo lograría si derrotaban a la Tríada.

—Midori la cuidará —sentenció.

Agatha de dedicó una mirada que mezclaba agradecimiento y dulzura, luego se acercó a la mujer y le dio un abrazo cargado de sentimientos. Minerva se sintió conmovida y un extraño cosquilleo la invadió. Sus manos amenazaban con temblar, pero esta vez no era por el temor al contacto, a la interacción, sino por otra cosa. Minerva ya conocía ese sentimiento: le agradaba. Le agradaba mucho.

—Nos vigilan —dijo Zarakiel con voz apagada. Su cabeza comenzaba a martillear a causa de la escasez de aire puro.

—¿Sabes defenderte? —inquirió Lan observando a Agatha. Sostenía un cuchillo en su mano.

Agatha sacó la daga.

—No —respondió Minerva por ella—, pero nadie muere sin pagarme —agregó con voz gélida—, a menos que sea por mi mano. ¿Quedó claro? —A Agatha se le erizó la piel. Su actitud era amenazante. Se acercó hasta la joven, la tomó por un hombro desde el

lado y, en un apretón que a Agatha se le antojó cariñoso, le susurró con voz melosa—: Aunque podría empezar a cobrar ahora…

Agatha la observó, y por un instante sus miradas se encontraron. Fue entonces cuando Agatha se percató del ritmo con el que latía su corazón y, por primera vez, Agatha sintió una punzada de deseo.

—No la molestes. —Las separó Zarakiel, quien hacía algunos días se había percatado de las miradas que la joven le dedicaba a la mayor. Temía que Minerva solo jugara con ella, pero en el fondo deseaba que su amiga pudiera hallar la felicidad—. Dinos —Las apremió a avanzar con un pequeño empujoncito, aún colgado del cuello de las dos—. ¿Cuál es tu raíz?

Agatha se removió, incómoda.

—No tengo raíz.

Minerva se separó de manera brusca.

—¡Todos los elfos tienen un don! Haces bien en no compartirlo.

—No tengo raíz —repitió sintiendo el peso de sus recuerdos.

El sonido de la hojarasca los hizo sobresaltar. La visión de los aterradores animales que estaban frente a ellos les heló la sangre.

9. RÉQUIEM: TRISTEZA O DOLOR

Agatha respiraba con dificultad. Estaban rodeados de aquellos bichos que Agatha solo pudo describir como abominables. Sus ojos parecían un abismo infinito. Múltiples diminutos ojos que daban forma al órgano total. Dos pares de alas que los soportaban con un sonido ronco. Y las patas… seis patas pegajosas y al borde de la descomposición.

Aquellos seres le recordaron a Minerva a los pequeños insectos similares a las libélulas: caballitos del diablo. Estaban perdidos. Parecía que se desplazaban a gran velocidad, por lo que su visión seguro era excelente. Parecían tan grandes como la distancia que había entre su cadera y su hombro. Y eran demasiados.

Era el fin. Estaban rodeados.

—¡Vamos! —vociferó Lan—. ¡No estoy listo para morir a merced de estas abominables criaturas!

Lan se abalanzó hacia aquellos seres, espada en mano y valentía desbordante; cual diestro guerrero dispuesto a dar su vida por una causa noble. Y lo cierto es que su causa para él no podía ser más noble. Le debía su felicidad a la mujer que tenía tras él, y estaría dispuesto a protegerla con su vida si era necesario.

—¡Es inútil! —vociferó Zarakiel—. Están protegidos con magia.

Se oyó un sonido agudo y estridente, sin embargo, la espada no ocasionó herida alguna. Lan retrocedió estupefacto.

Minerva rebuscó entre sus bolsillos, extrajo una pócima color ámbar y la arrojó sobre los animales que los rodeaban. Una extraña melodía comenzó a susurrarse. Un sonido lúgubre y melancólico.

—Es muy bonita… —musitó Agatha.

La melodía se tornó funesta y agresiva. Agatha quería escapar de esa sensación. Sentía que la absorbía, que sus piernas flaquearían en cualquier momento. La sensación que invadía a los demás miembros de la compañía no era en extremo diferente.

Minerva se sostenía las manos entre sí, aunque eso solo aumentaba su temblor. Yacía en el piso, estirada, su mirada estaba perdida en algún lugar o tiempo imposibles de definir.

Recordaba la primera vez que vio a Juan. Los ancianos la habían llevado a la excursión de jóvenes hechiceros. Ella había querido escapar, pero le había sido imposible. Los ancianos no le habían quitado ojo de encima, sabían a la perfección que en cuanto se le presentara una oportunidad, escaparía. Se había ubicado, rezagada, entre los últimos, separándose cada vez más, hasta que uno de los magos se había acercado, con un joven de cabellos tan negros como la noche y ojos como esmeraldas. Era parlanchín, así que una vez hubo terminado su monologo, Minerva había apreciado cierto encanto en él. Desde entonces había nacido entre ellos una bonita amistad.

Agatha, por su parte, estaba en el piso, en una posición que parecía una arrodillada decadente, sus ojos estaban cerrados y las lágrimas emanaban casi a borbotones.

—¡Lo siento, madre! —sollozaba, una y otra vez.

Los recuerdos eran más fuertes de lo que podía soportar. Vio nuevamente el rostro de la que alguna vez considero su ejemplo y recordó entonces las palabras que su padre le gritó aquel día. Su madre la había llevado al entrenamiento de la Raíz. Ella había llorado toda la tarde, no había entendido porqué los demás elfos se habían burlado de ella. Le habían dicho que no era digna de portar las orejas de punta, que era una abominación. Una vez en casa, le había preguntado a su madre, con lágrimas en los ojos, acerca de lo ocurrido. Su madre poco o nada le había explicado, evadiendo el tema y con una latente vergüenza dibujada en su rostro. Fue su padre quien, una vez había atravesado la puerta, respondió con ira y asco en su voz. La despreciaba. La había odiado desde antes de nacer por lo que representaba. La había odiado porque era el fruto de la única unión que jamás se podía dar. Porque elfos y humanos jamás debían procrear. Agatha había comprendido entonces que aquel odio jamás

iba a terminar.

Su respiración era irregular, de repente su pecho comenzaba a doler. Entreabrió los ojos y vio a Minerva tendida en el piso y a su alrededor yacían tres de aquellas criaturas que la habían hecho temblar. Dio un sobresalto. No se movían. No sabía cuánto tiempo llevaban en aquel lugar, solo que el crepúsculo comenzaba a despuntar.

Zarakiel veía a la mujer que más quería. Recordó cómo había debatido consigo mismo por albergar afecto por la que sería la esposa de su mejor amigo. A su memoria llegaron también recuerdos de los días en los que, junto a Juan, cumplían las misiones que les eran encomendadas. Un día especial surcaba su memoria. Habían llegado de una misión para el país vecino. Habían estado de encubiertos investigando sobre un supuesto mago que solucionaba todo tipo de problemas, un prodigio celestial, como se hacía llamar. Habían entrado a la taberna y habían pedido un par de cervezas, entonces, desbordante de entusiasmo, su amigo le había contado sus planes a futuro. Zarakiel había pensado que su amigo hablaría de cualquier cosa, dado lo entusiasta que era, sin embargo, tan pronto vio la gema su rostro se ensombreció. Su corazón se había fragmentado en mil pedazos. ¡Qué ironía del destino! Sin saberlo, se habían enamorado de la misma mujer. Sintió otra vez ese dolor, esa sensación que lo sumergía en la agonía. No era nadie, no pertenecía a ningún sitio. Un alma errante condenada a vagar hurgando en los asuntos mundanos con la esperanza de hallar un ápice de paz. Los días se transformaron en años y, el día en que todo se había desbaratado, danzó por su memoria en un agónico réquiem que amenazaba con marcar un final a su existencia sin sentido.

Mientras tanto, Alicia dormitaba sobre el regazo de Midori, quien se había transformado en un saurio de tamaño considerable y ocultaba sus escamas puntiagudas. Avanzaba como un huracán, desdibujando el camino ya recorrido y olvidándose de la comida que se había saltado. De vez en cuando se detenía a olfatear el aire, se concentraba un instante en lo que percibía y retomaba la marcha.

Lan yacía de pie, al borde del colapso, sosteniéndose de su espada que estaba clavada en el suelo. Un guerrero nunca se rinde, se decía, pero no podía convencer a sus músculos de reaccionar. La funesta melodía lo envolvió, socavando cada rincón de su memoria, rebuscando, como un ávido explorador, cada gota de tristeza o dolor. Su memoria fue invadida por aquella sensación. Vio entonces el libro sagrado, ese que se suponía debía marcar su destino. Lan había entrado a la cámara celestial, debía llevar la espada sagrada hasta el templo. La curiosidad había sido más fuerte que el sentido del deber. Hacia algunos días había corrido un rumor, la selección de las

ofrendas a la Tríada se haría entre los niños más pequeños de la comarca. Su corazón se había encogido al pensar en los dos pequeños que lo esperaban en casa para pedirle fruta confitada y una hogaza de pan. Había abierto el libro sin permiso, pero no se arrepentiría jamás. Dos simples nombres habían acabado con la devoción que tenía hacia la Trinidad. Para él era inconcebible que los señores solicitarán dos niños de la misma casa, ¡sus dos niños! Le había parecido una conspiración. No era mago ni poseía estatus alguno. La presa fácil. El sacrificio más dócil. Había librado una batalla entre el deber y el amor, y no se arrepentía de que el último fuera el vencedor.

10. TEMOR Y AUDACIA: LA TIERRA DE LOS SUEÑOS

No importaba cuántas vueltas le diera Minerva a lo sucedido, siempre terminaba en ese bucle temporal en el que había pasado sus últimos años.

—¿Alguien tiene idea de qué ha sido eso? —preguntó Zarakiel mientras sacudía la tierra de sus ropas.

Agatha se acercó a Minerva y la tomó del brazo.

—¿Estás bien? —Minerva asintió.

—Al parecer todos hemos vuelto al pasado… —silbó.

—No importa qué tipo de magia sea, debemos salir de aquí.

Comenzaron a avanzar, pero no importaba cuanto trataran, sus pies se hacían cada vez más pesados y el aire se tornaba viciado, nauseabundo. Como si el bosque mismo les impidiera continuar. Hallaron un estrecho sendero. Estaba cubierto de hojarasca y rodeado de árboles tan oscuros y faltos de color que a Agatha le producían terror. Que tantos árboles estuvieran muriendo no podía ser algo bueno. Algo acechaba, oculto. Aún no era el tiempo de mostrarse, pero a medida que avanzaban, Minerva iba entendiendo lo que estaba sucediendo.

—Atacan nuestra fortaleza, nuestra voluntad.

—Necesito descansar —balbuceo Zarakiel al borde del colapso.

—¡No! —vociferó Minerva—. Debemos seguir avanzando.

Lan se acercó a Zarakiel y lo atrapó por la espalda para ayudarlo a caminar.

—¿No puedes hacer algo de sastrería mágica? —preguntó Agatha, temerosa.

—Si lo que quieres es que combata contra un poder que aún no logro discernir, tendrás que encontrar otra hechicera —escupió mordaz.

Agatha estaba demasiado cansada y hambrienta para protestar. No sabía cuánto tiempo llevaba caminando, lo que si tenía claro es que estaban avanzando en círculos. Sentía la cabeza embotada y sus oídos zumbaban. No sabía si llevaba caminando una cuantas horas o una eternidad. Agatha empezaba a creer que llevaba más que unas cuantas horas, más de medio día quizá. Miró a Lan y a Zarakiel y los dos parecían tan cansados como ella.

—Minerva, no podemos más.

Minerva se giró de manera brusca, buscó la mirada de la menor y su gesto se dulcificó. Se acercó y la tomó del brazo para ayudarla a

avanzar. Observó el cielo y a sus alrededores. Estaban en medio de un pequeño claro y más adelante parecía haber una cuevecilla que podría servirles de refugio. El crepúsculo estaba a punto de cernirse.

—De acuerdo —farfullo—. Vamos a descansar allá —señaló con un gesto de su cabeza.

Una hora más tarde estaban compartiendo la poca comida que les quedaba, acompañados de un fuego ardiente que ahuyentaba a las bestias. Agatha se acercó más a Minerva y tendió la manta para cubrirlas a las dos. Minerva quiso protestar, realmente lo intentó, pero necesitaba el calor y la seguridad que Agatha le proporcionaba. Necesitaba dejar de temblar por una maldita vez, y con la chica elfo a su lado parecía conseguirlo.

Al otro lado de la región, Midori avanzaba con premura, la niña reposaba sobre su espalda y su cabeza descansaba sobre la suya. Se detuvo justo en la entrada del poblado y olfateó el aire. Sus ojos se agudizaron y sus garras se clavaron en la tierra aflojando un aroma a tierra y humedad. Llevaba días avanzando sin descanso y la magia que le había proporcionado Minerva comenzaba a agotarse. Debía descansar. Se ubicó sobre la zona donde el pasto era más alto y espeso y se removió con delicadeza. Alicia abrió sus ojitos con pereza y Midori levantó su cabeza para facilitarle el descenso. La niña se frotó los ojos y observó con asombro como la iguana disminuía su tamaño.

—¿Crees que están bien? —levantó a la iguana y la apretó contra su pecho en un abrazo, luchando por no llorar.

De sus ojos se escaparon un par de lagrimones que parecía imposible que fueran suyos. Se limpió la cara con el dorso de la mano y se propuso avanzar ignorando el miedo que parecía morderla por todas partes. A cada paso que daba parecía que sus pies pesaban más, el nudo en su garganta se intensificaba y las ganas de buscar el abrazo y los besos de Agatha se hacían insoportables. Midori sentía su angustia. La iguana alcanzó el hombro de la niña y se ubicó sobre este, pasando de uno a otro tras su cuello. Avanzó con cautela, sin llamar demasiado la atención. Parecía que las delicadas instrucciones de la iguana descansaban sobre su cabeza. Se detuvo frente al boticario y la iguana bajó de un salto, cambiando nuevamente su apariencia para dejar ver sus pequeñas escamas puntiagudas.

Agatha comenzaba a dormitar. Minerva y Zarakiel habían instalado una barrera mágica que les permitiría dormir en paz, al menos por un rato. Minerva no hacía buen uso de esos momentos, por el contrario, rememoraba una y otra vez lo sucedido y cada vez estaba más convencida de que esa maldita canción era algún tipo de hechizo que afectaba el subconsciente, liberando aquellos recuerdos que nos provocaban una tristeza y dolor inconmensurables. Para ella era su

familia, esa familia que había perdido y que jamás volvería a tener. Se preguntó qué atormentaría a la joven a su lado, y si sería un dolor tan intenso. Dibujó una caricia fugaz en la mejilla de Agatha y se sorprendió por aquel gesto. Se repitió una y otra vez, como su propia conciencia, que lo único que necesitaba era disfrutar de las mieles del placer y maldijo entre dientes una y otra vez el estar a días de distancia de una maldita taberna. Rebuscó en sus bolsillos y sacó la moneda, extendió la palma y el trozo de metal levitó sin dejar de girar. Así era su vida, dos caras de la misma moneda. Minerva comenzó a dormitar.

—¡Aquí estás! —exclamó un coro de vocecillas tan afiladas como un puñal. A Agatha se le erizó la piel—. Nosotros todo lo vemos, todo lo sabemos. ¡No podrás resistir mucho más! —silbaron y se rieron.

Agatha pensó en las serpientes. Un temblor la invadió y sintió el miedo apoderarse de su cuerpo, transformándose en una mezcla de grima y repulsión. Aquella voz parecía maldita, desgarradora e infernal.

—Aquella niñita —prosiguió el murmullo—, tan adorable. Sería una pena que su sangre acabara por alimentar la putrefacción del bosque.

Agatha se quedó helada. ¿Qué posibilidades tenían de ganar si no podían anteponerse a su enemigo? Recordó la manera en que Alicia la abrazaba y dibujaba besitos en sus mejillas. En su mente se abrió paso la imagen de Minerva, junto a Midori, seguida de Lan y Zarakiel. Cada uno de los momentos compartidos en ese viaje y las discusiones triviales que surgían a cada instante. Porque no importaba cuanto se repitiera que esa mujer que no la detuvo al partir, y ese hombre que la despreciaba, no podían ser llamados hogar, aun así, seguía añorando una familia. No soportaba la idea de perder eso que había conseguido y no podía dejar ir: a Alicia. Las lágrimas se convirtieron en torrentes y el miedo se instaló en el fondo de su pecho. Todo sentimiento desapareció y solo quedaban las convulsiones del llanto que le impedía respirar. El temor se apoderó de cada poro de su piel.

Minerva observó a la mujer que le ofrecía vino, parecía bonita, aun así, Minerva se limitó a recibir la bebida e ignorarla. Observó a Agatha y, por primera vez, fue consciente de su belleza. Recordó sus abrazos cálidos y la sonrisa dulce que solía dedicarle. Analizó ese gesto desafiante que se dibujaba en el rostro de la joven elfo a pesar de ser naturalmente cohibida. Y sonrió. El deseo la atravesó como una flecha y, por primera vez, deseo sentir una piel que no fuera comprada. Por vez primera en muchos años, deseó acariciar a alguien con la esperanza de recibir un poco de afecto. Y esa idea le gustó.

Minerva tomó la jarra y se acercó hasta disminuir la distancia que la separaba de la joven elfo.

—Hoy no quiero beber sola, ¿te importaría acompañarme?

Agatha asintió.

Bebieron, charlaron y rieron, y, a medida que el vino hacia su efecto, a Minerva le escocían las manos, le escocía la piel. El deseo la invadió, la gobernó, y cada gesto que hacía Agatha, cada palabra que salía de su boca, a Minerva le parecía el gesto más sensual. La observó a los ojos y sus miradas se encontraron. Se levantó y de un tirón arrastró a Agatha consigo. Tiró de ella hasta que estuvieron dentro de una habitación, la empujó contra la pared y la besó con furia, con pasión voraz. Finalmente sabía lo que era la audacia. Dejó que sus cuerpos se entrelazaran deseando sentir más allá del plano sensorial. Lo que menos quería era que sus temores nublaran su juicio.

Agatha despertó agitada y con el rostro bañado en lágrimas. Movió su mano con la intención de secarse, buscó mano de Minerva que estaba agarrada a la suya. Se hallaban aún bajo la manta y, en sus manos entrelazadas, se intensificaba el agarre. Agatha removió a Minerva, pero la mujer mayor no despertó. El temor invadió cada poro de su piel. Recordó cada detalle compartido con la mayor, esa forma descarada en que la miraba, y su semblante arrogante, ese que poco a poco iba desapareciendo para liberar a la Minerva que se ocultaba tras la coraza. Esa que le gustaba mucho más. Agatha le buscó el pulso, su corazón seguía latiendo. Dibujó una caricia en su mejilla y se soltó del agarre. Buscó a Lan y a Zarakiel con la mirada y los halló bajo un árbol, cerca del chorro de humo que salía de lo que antes había sido una fogata. Ellos también dormían.

—¡Zarakiel! —lo zarandeó, tal vez con demasiada fuerza.

—¿¡Qué ocurre!? —preguntó asustado.

Lan se levantó con dificultad, parecía lívido.

—¿Ustedes también estaban soñando?

Los dos asintieron.

—No estamos frente a un enemigo ordinario… —razonó Zarakiel.

—¡Minerva no despierta! —informó Agatha con preocupación.

—Tal vez no desea despertar.

Agatha y Zarakiel observaron a Lancelot sin terminar de entender lo que el espadachín acababa de decir.

—Yo estaba en casa, con mi esposa y mis hijos. La mesa estaba llena de rica comida y Jimmy tiraba de las trenzas de su hermana para hacerla enojar y que se fuera a la cama sin cenar para conseguir doble porción de panecillos. —Sonrió con melancolía.

Añoraba su hogar y los regaños de su esposa. El bullicio de los niños cada vez que jugaban a la pelota con el perro y partir madera en el patio. Le gustaba su vida simple y deseaba volver lo más rápido posible. Estar de nuevo bajo el calor de su hogar.

—Yo me encargaré —dijo Zarakiel. Dibujó un gestillo con su mano

y Minerva comenzó a levitar—. Debemos continuar.

Agatha se acercó y observo el rostro de la mujer, acarició sus cabellos castaños y buscó su mirada sin hallarla. ¿Qué pasaría si Minerva no despertaba? ¿Qué la mantenía anclada al mundo de los sueños? ¿Realmente no deseaba despertar?

11. ESPERANZA Y DESESPERACIÓN: UN SEÑOR OSCURO

Agatha recogía bayas mientras que Lan intentaba cazar un pájaro inexistente, más parecía que intentaba cazar el caos. Habían hallado una cueva que les había servido de refugio para reponer fuerzas, y Zarakiel estaba más que orgulloso de su hallazgo.

Agatha repartió las bayas y luego se acercó a Minerva, le rozó la mejilla con el dorso de la mano y le acomodó el cabello.

—Seguimos avanzando, ¿sabes? —Buscó una de sus manos y la atrapó entre las suyas—. Incluso creo que estamos cerca de un poblado. Debes despertar, seguro que hay muchas mujeres hermosas y unas cuantas jarras de vino. —Sintió un pinchazo en el pecho al recordar los sonidos que provenían de la habitación contigua a la suya en aquella taberna—. Seguro que hay alguien a quien estafar… Seguro… —La frase se le ahogó en la garganta y sólo quedó una opresión tan grande que casi le impedía respirar. Las lágrimas se sentían extrañamente calientes y los pensamientos se revolvían uno tras otro.

Minerva era una mujer malditamente insoportable, de belleza que inducía al delirio y de un carácter libertino que le fastidiaba en demasía, sin embargo, había aprendido a apreciarla, incluso a quererla.

Avanzaron con premura, Lan había salido a explorar y había divisado un pequeño poblado a menos de dos horas de camino. La emoción los invadía. Habría buena comida y una cama caliente donde descansar.

El bosque empezaba a cambiar. Ya no se tornaba tan oscuro y sombrío, no obstante, a Agatha el aire aún le parecía nauseabundo. El silencio seguía cerniéndose Sobre sus cabezas. Lan abría camino con su espada, sin embargo, las espesas zarzas parecían empeñadas en impedirles el paso. La duda parecía invadir el corazón de Zarakiel. Solo había una cosa que podía hacer que Minerva no despertara, solo había algo que Minerva deseaba con toda la fuerza de su corazón, y esa era las que pudo haber sido su familia. Desde que Minerva había perdido a su esposo y a su hija jamás había vuelto a ser la misma. Siempre andaba en busca de algo que la hiciera sentir nuevamente, de algo que le demostrara que ella no estaba muerta también. Zarakiel la entendía, la veía como la mujer valiente que era, y no como la mujer libertina que aparentaba ser. Lancelot estaba preocupado por su señora, por esa mujer que había decidido arriesgar lo que tenía y lo

que no para salvar la vida de sus hijos. Esa mujer a la que le debía su vida entera.

Agatha empezaba a impacientarse, el estado de Minerva le impedía tener noticias de la pequeña Alicia y esa sensación de incertidumbre le corroía las entrañas. También temía que la mayor no despertara. ¿Qué sería de esa inusual compañía sin Minerva?

Las hojas secas crujían bajo sus pies, delicados pastillos se abrían paso entre la hojarasca. El paisaje cambiaba bajo sus pies, se tornaba más limpio, menos sombrío. Eso reconfortaba el corazón de Lancelot y Zarakiel. En cambio, Agatha estaba cada vez más alerta. Los bosques no solían ser tan silenciosos, las aves revoloteaban y chillaban, pero en aquel bosque ni siquiera se escuchaba el sonido del viento. Y eso inquietaba demasiado a la pelirroja. No se atrevía a escuchar los susurros del bosque, no después de lo acontecido hacía días, no sin Minerva para echarle una mano.

Finalmente divisaron la pequeña ciudadela. Parecía una fortaleza en ruinas, cubierta de moho y maleza. No parecía haber señales de vida, más bien parecía abandonada. A Agatha le dio un vuelco al corazón de solo pensar en que allí residía La Trinidad. ¿Qué pasaría si finalmente habían llegado a su destino?

Zarakiel examinó las hiedras, eran de un color morado que Zarakiel jamás había visto en ninguno de los lugares a los que había viajado. Era casi como si fuera algo antinatural. Dirigió la mirada hacia Lan, él pensaba lo mismo, lo conocía lo suficiente como para suponerlo casi con certeza. Miró a Agatha, la observó contemplar a Minerva casi con devoción y se abstuvo de comunicarle a la joven aquel detalle. No valía la pena preocuparla aún más. Tal vez en algún momento habría sido una fortaleza enemiga, pero parecía haber sido abandonada. Si no había nada no tenía sentido preocupar a la joven elfo.

—Hemos llegado a una fortaleza —le informaba la joven a Minerva —. Parece estar abandonada. Necesitamos una hechicera que se abra paso entre las hiedras, ¿sabes? —se burló. Le tomó la mano y continuó avanzando.

Lan se encargó de abrir un camino. Zarakiel lo seguía de cerca, en alerta. Agatha avanzaba junto al cuerpo flotante de Minerva. Retiraba las hiedras que descolgaban de la superficie y trataba de escudriñar el lugar bajo la poca luz que se abría paso entre las ruinas. Una brisa gélida le revolvió el cabello trayendo consigo aquel sentimiento extraño que Agatha había percibido en el bosque. Buscó la mano de Minerva y continuó avanzando. Una sensación de cosquilleo le hizo mirarse el brazo.

—¡Aaah! —chilló.

—Minerva… —gimió Agatha bajo su boca—. ¿Qué me ocurre? —

Las palmas de las manos de Minerva ejercieron presión sobre sus senos concientizándola de la dureza de sus pezones.

—Te abro las puertas del placer.

Lan y Zarakiel voltearon a ver a Agatha. Sus miradas se encontraron y luego siguieron la de la joven elfo hasta llegar a su brazo.

—Es solo una hormiga.

—No sabes lo que dices —susurró presa del pánico.

Un sonido estridente reverbero entre aquellas lúgubres paredes, como si los acecharan, como si algo los persiguiera. Era difícil discernir si se trataba de una amenaza o un lamento, pero era igual de escalofriante.

El corazón de Agatha bombeaba tan deprisa que la joven podía oírlo, o eso le parecía. Y su adrenalina aumentó de golpe aún más cuando vio que a través de las hiedras descendían más hormigas. Dio un sobresalto de terror. La hormiga en su brazo actuó por instinto ante el movimiento.

Agatha palideció, su brazo comenzó a ponerse rígido y el dolor naciente se tornó insoportable en cuestión de segundos.

—¡Aaah! —gimió—. ¡Arde! —se dejó caer al piso—. Que… no… los… piquen… —balbuceó con fatiga, a causa del dolor. Había comenzado a sudar y su ritmo cardiaco parecía descompuesto.

Demasiado tarde, las hormigas ya estaban sobre la piel de sus amigos. Sus quejidos agónicos se evaporaron cuando Agatha pensó en Minerva. No podía permitir tal tortura para la hechicera. Se quitó su capa con dificultad, estaba temblando y su cuerpo parecía no reaccionar. Su mente estaba igual. El dolor era tan intenso que le costaba pensar, solo quería que acabara. Una vez había recibido una flecha en el pecho, pero aquel dolor parecía menos intenso que el que invadía su cuerpo. Arropó a Minerva como pudo y cuidó de ella hasta que el dolor se lo impidió. Tres nuevas hormigas la habían atacado, ocasionando que le costara respirar. Se tendió en el piso, incapaz de moverse a causa de la incesante tortura. Dedicó una última mirada a Zarakiel y a Lan.

—¿No son maravillosas? —preguntó una voz que parecía cortar el aire.

Agatha trató de abrir los ojos, pero pesaban demasiado. Aquellos insectos no eran hormigas bala ordinarias. Agatha apostaría a que su nivel de toxicidad había sido alterado y, a juzgar por el insoportable dolor, este no disminuiría en veinticuatro horas, sino que acabaría con sus míseras existencias. Un absurdo final para la estúpida cruzada que los había unido. ¿Qué sería entonces de Alicia si ella no regresaba? Rebuscó en su interior, necesitaba levantarse y huir de allí, por Alicia. ¿Y Minerva? No podía dejarla. ¿Y esos dos individuos que estaban

frente a ella? No podía abandonar a los que se habían convertido en sus amigos.

—Sabes que no escaparán, ¿verdad? —siseó—. Es mejor que dejes de luchar, será más fácil.

Agatha abrió los ojos. Una figura vertida con harapos negros y con un rostro repugnante la observaba. Tenía la piel cubierta de heridas y parecía que su cara se estaba deformando. Agatha no sabía si deliraba o era real, pero el rostro de aquel ser se deformó hasta que adquirió la forma de un buitre.

Agatha trató de levantarse, pero no lo consiguió. El individuo hizo un gesto con su mano y el dolor se hizo más intenso, más ardiente. Agatha sollozó. Era un mago oscuro. La desesperación se esparció por todo su ser hasta que no pudo pensar, incluso le costaba respirar. Alcanzó la mano de Minerva, quien yacía en el piso a su lado, y la apretó entre las suyas. Sería lo último que podía tener. La desesperación es el más corrosivo de los sentimientos, no deja cabida para nada más. Todo lo corroe, todo lo infecta hasta que solo se ve un oscuro final. Eso era lo que Agatha sentía, que todo acabaría ahí, con ella tendida en el piso agonizando hasta morir.

—¿Por… qué? —Agatha no entendía ni lo que quería preguntar. Suplicó con todas sus fuerzas que Minerva despertara. La llamó en su mente para pedirle que no la abandonara.

—Porque se me ha encomendado acabar con ustedes. La Tríada así lo desea. Y para mí es un placer.

La mano de Minerva se movió entre la suya, casi imperceptiblemente, y una sensación punzante se esparció por su brazo hasta alcanzar su pecho. De repente no le costaba tanto respirar y el dolor se hacía cada vez más soportable.

Minerva lanzó un hechizo que arrojó lejos al hechicero. Agatha la miró atónita. La mujer mayor se levantó con soltura y se ubicó delante de Agatha adquiriendo una actitud protectora. Las hormigas comenzaron a marcharse con premura, trepando por las hiedras tan deprisa que Agatha se preguntó si de verdad habían estado sobre su piel o solo había sido una ilusión.

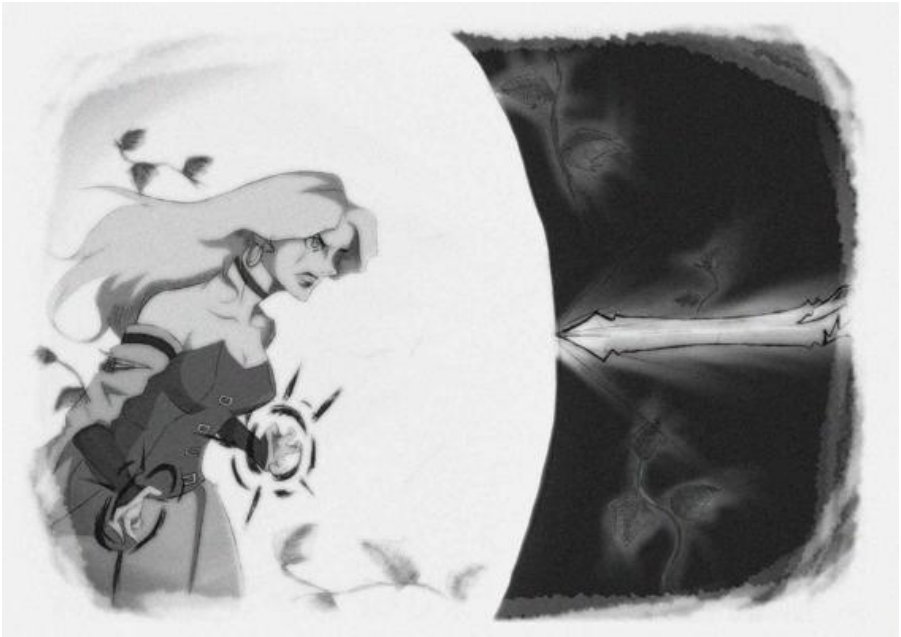
El hechicero se levantó y lanzó un ataque contra Minerva, quien lo detuvo con otro hechizo, aunque un poco tarde, porque su hombro fue alcanzado. Sobre el vestido se dibujó una línea que pronto se coloreo de escarlata. Agatha se acercó a Zarakiel y a Lan y los arrastró hasta un rincón que los protegía del combate mágico. Les limpió el sudor del rostro y los revisó en busca de hormigas. Afortunadamente ya no quedaba ninguna, pero Minerva no podía curarlos aún, y eso inquietaba demasiado a la joven. ¿Y si Minerva no podía derrotar al hechicero? La cantidad de veneno que se inyectaba en una picadura de una hormiga bala ordinaria era mínima, no ponía en riesgo la vida, sin embargo, Agatha cavilaba y especulaba sobre las posibles alteraciones que el hechicero oscuro podía haberles hecho a los insectos para que fueran mortales. ¿Cuánto podían esperar Zarakiel y Lan? ¿Y si Minerva necesitaba ayuda? Con ese pensamiento, Agatha se acercó con sigilo hasta observar el combate.

Minerva comenzó a acumular una gran cantidad de energía en sus manos. Sus hechizos tenían un color violeta, mientras que los del hechicero oscuro parecían gris tórrido. Minerva fortaleció su campo de protección. El hechicero conjuro una espada y la elevó apuntando al campo de fuerza de Minerva.

—Eres fuerte —graznó el hechicero—, pero está espada me ha sido entregada por la Trinidad. Puede cortar hasta el destino más poderoso.

Minerva lo miró con desdén. Sus ojos azules parecían perforarlo, y Agatha vio vacilación en su mirada. El hechicero lanzó la espada y la colisión de las dos fuerzas hizo temblar los cimientos. La onda expansiva, como un viento huracanado, cortó las hiedras y dejó al descubierto lo que antes parecía haber sido una cámara con grandes tapices y decorados, y de la que solo quedaba una gruesa capa de moho. El escudo se agrietó justo donde la punta de la espada había impactado. Agatha escuchó el sonido de cristales que poco a poco se rompían sin llegar a quebrarse. Miró a Minerva con temor, la mujer parecía en shock, con la cabeza baja y la mirada en sus manos. Agatha vio como la esfera de energía violeta parecía más densa, más estable, y comprendió que Minerva se preparaba para un gran ataque.

—No creo en el destino —sentenció Minerva, empujando la esfera con su mano derecha—. No creo en nadie más que no sean mis propias capacidades. —Las paredes comenzaron a desmoronarse. La energía parecía destruirlo todo—. Y con ellas marcaré tu fin, aquí y ahora.



El destello violeta fue tan intenso que a Agatha le costó mantenerse en pie. Cuando la luz amainó descubrió que el hechicero yacía de rodillas, con la espada en la mano y la piel del rostro desintegrándose en el aire.

—Tu preciada espada del destino no ha podido vencerme. Tal parece que tus dioses te han abandonado.

12. DESEO Y AVERSIÓN: UNA RAÍZ PODEROSA

Minerva estaba sentada junto a Agatha. La joven la observaba con una mezcla de preocupación en su mirada. La mayor llenó nuevamente su copa de vino y la desapareció casi al instante. Era la tercera. La jarra estaba media y Agatha no sabía si desear que estuviera vacía o no. Empezaba a intuir el cambio brusco en el genio de la hechicera si a la jarra no le quedaba una sola gota de alcohol, y no era un buen augurio.

Lan y Zarakiel bebían junto a dos hombres bajitos de aspecto regordete y rasgos fuertes. Dos mineros, tal vez. Después del enfrentamiento con el hechicero habían caminado alginas horas más hasta lo alto de la colina, donde habían divisado un poblado. Minerva no se había atrevido a mirar a Agatha e ignoraba el interrogatorio de sus amigos. Al final había zanjado el tema con un simple:

—Una palabra más y les rebano la garganta.

A Agatha la invadió un escalofrío. La hechicera hablaba tan seriamente que la joven elfo supo que no era una frase al azar. Recordó así no hacerla enojar.

Una jarra reemplazo a la que acababa de terminarse, y Agatha no sabía si decirle que parara de beber, o solo hacerle compañía. Minerva observaba su copa con gesto abstraído. La moneda levitaba justo frente a ella y sus pensamientos revoloteaban de un instante al otro casi más rápido que los giros que marcaba aquel círculo dorado. Recordó la ensoñación, los labios de Agatha y sus propias emociones en ebullición. Se maldijo a sí misma una y otra vez por volver a sentir, porque eso era lo que había ocurrido. Después de haber vagado de una piel a otra sin haber vuelto a vibrar, ahí estaba, temblando, al borde de la ansiedad por todo lo que había sentido en una absurda ensoñación. Y eso era lo más frustrante, que no era real. Pero el pensamiento fue expulsado y reemplazado, por otro más oscuro, por otro más sombrío.

—No estás destinada a volver a sentir… —le había dicho el hechicero—. Las almas oscuras como la tuya y la mía estamos más allá de esto. Los placeres terrenales no son más que absurdas distracciones para individuos débiles.

Minerva tembló, comenzaba a costarle respirar y un nudo se formaba en su pecho.

—Nada escapa de los ojos de la Triada, ellos todo lo ven, ellos todo lo oyen. Esto es apenas el preludio; el final de sus vidas ya está escrito.

Acabarás sola, como siempre has estado.

La hechicera observó a la joven elfo y se percató por primera vez de su cabello trenzado. Observó a los dos hombres en la mesa contigua, esos que decía que no soportaba pero que en el fondo consideraba sus amigos, su familia. No podía permitir que dieran su vida por una causa que era solo suya, por una venganza que era solo suya. Así pues, en medio de la séptima copa de vino, tomó una de las decisiones que ella consideraba más importantes y trascendentes de su vida: liberarlos de aquel destino. Observó a Agatha, le sonrió con ternura y se levantó de la mesa para dirigirse a trompicones hasta su dormitorio. Agatha se apresuró a ayudarla.

Una mujer de cabello castaño se acercó a ellas y les tendió una bandeja.

—Cortesía de la casa, mis señoras —les tendió la bandeja dedicándole un guiño a Minerva.

Una jarra de vino, pan y queso.

Minerva respondió al gesto con mirada coqueta y sonrió cuando Agatha recibió la bandeja. Avanzaron hasta la habitación.

—¡Ni estando ebria pierdes el tiempo! —escupió mordaz la joven.

—¿Tú crees? —se burló la mayor.

Agatha asintió convencida. Dejó la bandeja sobre la pequeña mesa del rincón y ayudó a la hechicera a sentarse. Le ayudó a aflojar el nudo del vertido en la parte de atrás y sintió cómo cosquilleaban sus dedos ante el contacto de la tela. Observó sus hombros y el nacimiento de su pecho. Recorrió con la mirada sus labios y halló su mirada intensa. Los ojos azules de Minerva le evocaban recuerdos de muchos años atrás, de cuando tenía algo a lo que llamar hogar y de las incontables veces en que soñó con uno. Eran de un azul profundo, con destellos grises y pupilas grandes. Se cohibió al concientizarse de la proximidad que las envolvía, se levantó deprisa y tomó la bandeja.

—Deberías comer para bajar el efecto del alcohol.

Minerva refutó con un gesto extraño, tomó la mano de Agatha y la hizo sentarse a su lado. Sirvió el vino tendiéndole una copa a la joven, instándola a acompañarla.

Un sorbo, la bebida era bastante fuerte y dulce. Agatha suspiró y buscó la mirada de la mayor. Sentía su mirada intensa, abrasadora, y una extraña sensación se esparció por su piel. Minerva acarició la trenza de la joven, luego su rostro y sus labios.

—¿Me contarás qué soñabas mientras estabas atrapada?

Minerva río.

—Será mejor que no. —Minerva se tocó el puente de la nariz—. Este vino estaba un poco fuerte —se rio—, o ya estoy muy vieja para beber.

Agatha se sentía extraña. Más desfasada, más feliz. Su cabeza daba

vueltas y el calor parecía aumentar. Se agarró a Minerva y rieron al unísono. Su piel estaba tibia y sus brazos se amoldaban a su cuerpo. Escuchaba su risa en su oído y percibía el aroma que desprendía la piel de su cuello. Se separaron lo suficiente para que sus miradas se encontraran. Minerva sintió ese deseo creciente de besarla, de sentir su piel. De repente había dejado de pensar y solo quería sentir, pero sentir de manera consciente, no como llevaba haciéndolo desde que su familia no estaba. Quería entregarse, entregarse y recibir. Sin expectativas, sin complejos, sin dolor, solo ellas dos. Su boca buscó la de Agatha y sus labios se rozaron en una tenue caricia.

Minerva se estremeció. Había vivido de préstamo, sumergiéndose en los placeres de los sentidos por tanto tiempo que ya no recordaba el calor de un beso de alguien que le interesara de verdad. La puerta se abrió de golpe, Minerva y Agatha se separaron tan deprisa como su motricidad alterada lo permitió.

—¡Así que aquí están! —La mujer de la bandeja estaba frente a ellas, con ropa más decente y una energía seductora.

Agatha no entendía qué sucedía.

—Pensé que después de esa copita —hizo un gesto despectivo con la cabeza— vendrías a buscar placer —se burló.

Tal vez era una de las muchas amantes de Minerva. La sola idea ocasionó en Agatha una presión en el pecho. Minerva parecía ida. Era como si la escena que estaba teniendo lugar le fuera completamente ajena. Tal vez no recordaba a la mujer, seguro que Minerva no les daba mucha importancia a sus amantes. ¿Por qué habría de ser Agatha diferente a sus ojos? Era ridículo pensar que siquiera era una posibilidad. Y estaba bien, vivir el momento también estaba bien. Era bueno tener las cosas claras desde el comienzo.

—Iré a pedir algo de comer, las dejo para que hablen.

Minerva capturó la mano de la joven impidiéndole marcharse.

—Deberías dejar que se marche. —Miró a Agatha con repulsión—. Una simple mestiza sin raíz será solo un estorbo para ti.

Agatha se sobresaltó. Nadie sabía que era mitad humana. Nunca había entendido el desprecio que le tenían en su aldea, la falta de afecto por parte de su familia y su ausencia de raíz. Solo cuando estaba a punto de marcharse de aquel lugar que hacía su existencia miserable fue que descubrió la razón. Su madre había tenido un romance fugaz con un humano antes de su matrimonio, y ella era el resultado.

Minerva miró a la mujer por primera vez. Tenía unas largas orejas de punta, indicio de pertenecer a una línea de sangre antigua entre los de su especie. De sus orejas colgaban un sinfín de pendientes, y sus cabellos estaban semirecogidos, exhibiendo con orgullo y altivez sus orejas de punta.

—Te han enviado a aniquilarnos —sentenció Minerva—. No deberías retrasarte en tu deber como esclava leal.

La cólera tiñó el rostro de la mujer, quien, con un movimiento de sus manos parecía alterar la materia. Agatha se mareo al instante. Su cabeza daba vueltas y las cosas a su alrededor parecían flotar y desplazarse a una velocidad abismal. Tal vez había sido una mala idea haber tomado un poco de vino. Minerva se aferró a su mano con más fuerza, con la mano libre rebuscó entre sus bolsillos hasta extraer dos pequeños frascos de pociones. Lanzó uno hacia la mujer, pero falló estrepitosamente en el intento. La sensación de vértigo se había apoderado de su sistema impidiéndole casi pensar. Destapó el otro frasquito y dio un pequeño sorbo, luego lo depositó en la mano de Agatha.

—Bebe —demandó.

Agatha obedeció sintiendo que en cualquier momento ese sorbo de poción iría a parar al piso, junto con los residuos de vino que quedaban en su estómago. Las náuseas se intensificaron. Agatha se encogió en el piso, con las manos a los lados y la mirada perdida. Trataba de aferrarse al piso, de evitar que todo diera vueltas, pero todo era inútil. ¿Acaso Minerva no le había dado aquella horrorosa poción para contrarrestar el efecto? Evidentemente no.

La mujer elfo sacó un par de dagas. Minerva alcanzó a divisar las gemas incrustadas en la empuñadura. Reliquias familiares. Más reliquias familiares. Minerva odiaba las reliquias familiares. Le

provocaban una sensación de asco y de vacío que creía conveniente ignorar, dejar de sentir. Su mano, llena de energía, invocó su espada. Larga y delgada. Tan liviana que podía cortar los pétalos de las flores que caían de los árboles. Extrañaba los momentos en los que estaba aprendiendo a dominarla. Recordaba exactamente las palabras que le había dicho quien luego se convertiría en su esposo.

—La única manera de conseguir dividir esos pétalos es que seas una con tu espada. Como si fuera una extensión de ti y de tus deseos.

Recordaba también esa sonrisa que le dedicaba, pero todo desapareció cuando los quejidos de Agatha zumbaron en sus oídos. Tenía que vengarse, tenía que proteger a sus amigos y marcar un nuevo rumbo, un nuevo comienzo. Porque esos seres que habían reclamado la vida de su esposo y de su hija no podían ser llamados dioses. ¡No tenían el derecho!

Minerva empuñó la espada y trató de mantenerse firme. El vértigo la invadió y su visión se oscureció. Minerva cerró los ojos en un intento desesperado por recuperar su estabilidad, y lo hizo. La mujer se abalanzó, sus dagas en punta, casi cortando el viento. Minerva esquivó el ataque y volvió a cerrar sus ojos. Su cuerpo experimentó una sensación de alivio, ¡el vértigo había desaparecido! Al menos mientras sus ojos estuvieran cerrados. Si no podía utilizar su visión entonces pelearía sin ella. La mujer elfo era un poco ruidosa al andar, y, aunque hacía mucho que no empuñaba una espada a ciegas, bien podría hacerlo una vez más. Dibujó una venda mágica alrededor de sus ojos y adquirió posición de defensa.

—Lo que bien se aprende jamás se olvida.

Se abalanzó sobre la mujer, su espada bailaba en el viento y los sonidos del metal le indicaban que la mujer, aunque era diestra con las dagas, no era un rival complejo sin su raíz. ¿De qué sirve un gran poder si solo dependes de él? Sí había algo que Minerva había aprendido a lo largo de los años era a hacer muchas cosas. Bien que llevaba varias décadas viajando, observando y aprendiendo. «Y bebiendo, y explorando los placeres de los sentidos» susurró la voz de su conciencia. La calló de un plumazo y avanzó.

Un golpe de gracia. La punta de la espada perforó su corazón. Agatha se sobresaltó, observó la espada y luego la sangre que empezaba a empapar las ropas de la mujer. Observó a Minerva y la pesada loza de preocupación que llevaba sobre sus hombros desapareció. Minerva había ganado, como siempre. Y aunque temía que llegara un día en que no fuera así, en todo lo que podía pensar era en que no era ese día.

La sensación de vértigo desapareció junto con el último aliento de la mujer de orejas de punta. Minerva sacó su espada y la limpió, luego la ocultó con magia. Miró a Agatha con un ápice de fuego, se acercó a ella, la apretó entre sus brazos y le plantó un beso salvaje, furioso. Minerva se separó y la observó en detalle.

jAgatha desvió la mirada con timidez, entonces se fijó en el cuerpo en el piso y sintió un deseo irrefrenable de acercarse. Miró fugazmente a Minerva y avanzó. Se inclinó y tocó la mano de la mujer elfo. Un espasmo la recorrió y todo su cuerpo se tensó. Tres rostros femeninos la miraron directo a los ojos. Tres rostros unidos que solo estaban en su pensamiento. Soltó la mano de la mujer en un gesto ansioso, con aversión, y la observó caer. Esa mirada. Esas miradas estaban vivas, pero transmitían el frio y la angustia de la muerte. Algo que a Agatha le costaría olvidar.

13. AMOR Y ODIO: ¡SALVE A LA TRIADA!

Un hechizo de rastreo. Un simple hechizo de rastreo de almas era todo lo que Minerva había requerido para descubrir las posibles ubicaciones de la Triada. Los elfos tenían energías ancestrales que esparcían dondequiera que fueran. No cabía duda de que la estaban esperando. Y Minerva iría, ¡claro que iría!

Minerva observó a sus amigos; primero a Zarakiel, luego a Lan, y, por último, a la joven elfo. Estaban sentados en una pequeña mesa de madera para cuatro personas. Había suficiente comida como para reponer energías, además de una jarra de una bebida típica del lugar, que parecía tenerlos a todos más felices, pero que a ella le había causado cierta repulsión. Era blanquecina y espesa. Sin duda prefería el vino.

—Aun lo recuerdo —murmuró Zarakiel, visiblemente ebrio—. Minerva había ganado una pequeña fortuna con aquel encargo para un supuesto palafrenero. Sin duda era para su amo —manoteo eufórico—. Entró en aquella casa de apuestas ¡y apostó todo! ¡Todo! —dio una palmada a la mesa ocasionando que las bebidas se tambalearan.

Agatha se quedó pasmada.

—¿¡Realmente apostó todo!? —preguntó incrédula.

Zarakiel se acercó a Agatha y susurró:

—Hasta la última moneda.

—¿Cuánto era? —quiso saber Lan.

—Treinta monedas de oro.

—¡Ya basta! —lo interrumpió—. La suerte no me sonrió ese día.

—La suerte nunca te sonríe, querida —se burló Zarakiel.

Minerva tomó la jarra y comenzó a rellenar las bebidas. Agatha capturó su mano entre las suyas y la instó a mirarla.

—Cuéntanos de tus periplos —le pidió.

Minerva torció la boca en una mueca de desagrado, llenó las bebidas de Lan y Zarakiel y se giró a ver a la joven.

—Ven —tiró de su mano invitándola a levantarse—, podemos hacer algo mejor. Y ustedes —los observó con mirada severa—, ha sido suficiente bebida por hoy, deberían ir a descansar.

Zarakiel y Lan avanzaron con parsimonia hasta perderse en el pasillo que guiaba a las habitaciones simples. Minerva sonrió. Una sonrisa fugaz, casi imperceptible. Guio a Agatha hasta su habitación, la ayudó a entrar y a recostarse.

Agatha sentía la mano de Minerva en su cintura, su piel hormigueaba y cada vez se sumergía más en un extraño estado de satisfacción y letargo. Minerva aflojó el vestido y retiró las botas. Sus manos revolotearon sobre las piernas de Agatha, marcando senderos y explorando valles, aún sobre la tela. Minerva observó a la joven elfo y en su pecho afloró un sentimiento parecido a la nostalgia. Era una pena no haber tenido tiempo. Justo cuando debía partir fue consciente de lo mucho que había deseado volver a sentir de verdad, que le importara alguien tanto como lo habían hecho en el pasado su esposo y su hija. Había deseado enamorarse porque quería sentirse viva una vez más, pero era ridículamente egoísta aferrarse a la joven cuando tenía un propósito que cumplir. Un propósito del que posiblemente jamás volvería. Arropó a Agatha y se separó para contemplarla por última vez. Dibujó un movimiento en el aire con su mano derecha y sobre la mesilla del rincón apareció una nota junto con algunas monedas de oro.

—Alicia viene en camino —susurró al viento—. Pronto estaréis juntas. Cuando crezca le relatarás tus periplos y compartirán juntas la cena al abrigo del fuego. Serán dichosas.

Minerva se miró, cambió su ropa con magia y se marchó. Su destino le aguardaba.

Alicia observó a la mujer que tenía en frente, más no se atrevió a hablar. Midori se acercó a la joven y la observó atentamente. Sus miradas se encontraron, y las pupilas de Midori, a pesar de ser alargadas, se ensancharon hasta casi ocupar el área del iris esmeralda.

—Acaban de llegar y ya deben partir —le habló la joven a la iguana —. Le debo mucho a ella como para dejarlas marchar solas. Las acompañaré a dondequiera que vayan.

Alicia comprendió que Midori le había hablado a la mujer en sus pensamientos, tal como lo hacía con ella.

—Pasen, descansen y repongan fuerzas. Mañana partiremos a su encuentro.

Agatha despertó exaltada. Aquellos tres rostros la perseguían y torturaban convirtiendo sus sueños en eternas pesadillas. Pesadillas que reverberaban en su mente una y otra vez durante el día. Se llevó las manos a la cabeza en un intento inútil de hacer dimitir el dolor que le aquejaba. Se levantó y se dirigió a la mesilla a servirse un vaso de agua, entonces la vio. Una nota.

Me voy, ya sabes que no soporto las raíces, Alicia viene en camino, espérala. No soy mucho de guardar cosas inútiles como el dinero, ya sabes, prefiero gastarlo en un aromático vino y una grata compañía. Antaño me hice con una pequeña cabaña en los límites de la comarca humana del

norte. Intenté venderla infinidad de veces, ya sabes, para cambiarla por placer, pero la gente solo quiere dinero, no un montón de tablas en un sitio olvidado. Tal vez te apetezca cuidar de este viejo papel, ya sabes, en mis bolsillos solo estorba.

Me has guiado más lejos de lo que concernía a nuestro trato, es tiempo de regresar. Necesito librarme de ti porque es una tortura viajar en compañía de una mujer con la que no puedo intimar.

Ya es momento de decirnos adiós.

Minerva se había marchado y Agatha se repetía una y otra vez que aquella cruzada era el sentido de la compañía, era absurdo que se marchara sin más. Pero sonrió, sonrió porque sabía que Minerva le había obsequiado la cabaña. Aún entre tanta palabrería que pretendía mostrar lo contrario. La última frase reverberaba en su cabeza. Sí Minerva lo hubiera querido, habrían terminado enredadas en las sábanas, pero la mujer, aunque punteaba palabrillas al respecto, no había mostrado tal determinación. Agatha, joven e inexperta, solo esperaba a que la mayor se decidiera. Pero ya no había oportunidad. ¿Por qué se marchaba? ¿Habría descubierto nuevas pistas sobre el paradero de la Trinidad? ¿Acaso Minerva iría en busca de la Triada? Insensata. Idiota. ¡Cómo podía pensar siquiera en continuar sola! ¿Y Lan, y Zarakiel? Guardó los papeles de un manotazo, sin detenerse en el arrugado documento de propiedad, avanzó a zancadas por el pasillo hasta llegar a la habitación de sus amigos.

—¡Lan! ¡Zarakiel! —golpeó la puerta con desesperación—. ¡Abran!

El hombre de cabellos oscuros le abrió, estaba maltrecho y soñoliento.

—¿Qué sucede?

—Minerva se ha marchado —farfulló Agatha, desesperada y avergonzada a partes iguales.

—¡No otra vez! —se quejó Zarakiel desde su cama—. Estoy cansado de recorrer los valles en su busca.

Y es que sí había alguien capaz de hallarla era Zarakiel, pero, ¿cuánto tiempo le tomaría esta vez?

El hechicero sintió otra vez el peso de la soledad. Se halló de nuevo como aquel muchacho triste y preocupado de antaño. Ese que había abandonado a su clan y a su familia por ir en busca de la mujer que amaba, esa que había perdido todo cuanto quería y a la que su propio clan le había dado la espalda. Esa que no tenía nada, esa que no ansiaba nada. En el fondo había albergado esperanzas de que todo fuera diferente al fin. Que Minerva hubiera hallado un motivo para dejar de encerrarse en el libertinaje y el alcohol, pero no. ¿O tal vez sí?

—¿Ha dejado algo? —preguntó con afán.

—Me ha dejado una nota —susurró Agatha.

—Enséñamela

Las mejillas de la joven elfo se tiñeron de rosa y sus manos hormiguearon. Sacó la nota con pesadez y se la extendió a Zarakiel. El hechicero leyó en voz alta.

—Debe tener una pista. Mi señora jamás abandonaría su venganza, su dolor.

—Debemos esperar la llegada de Alicia. Dondequiera que Minerva piense buscar no irá sola, Midori llegará a su encuentro. Todo lo que tenemos que hacer es seguir a su iguana, ella nos guiará.

Minerva avanzaba con recelo. Sentía que caminaba hacia una trampa. El haber hallado la posible ubicación de su morada no podía ser solo suerte, más bien parecía el néctar que atrae a las abejas, y ella era un diminuto insecto enfrentándose a una gigantesca planta carnívora. A su memoria llegó el día en que perdió su alegría, su felicidad y su vida.

Su bebé se había dormido. Era bien entrada la noche y su esposo había estado fuera durante dos semanas. El cansancio la engullía en una masa sin forma hasta sumergirla en el letargo y la decadencia. Tantas horas de desvelo comenzaban a pasarle factura a su salud, pero aquella noche por fin se había recostado tranquila. Tras horas de debates con el concejo, había conseguido el indulto para su esposo, quien había sido reclamado por la Triada. Sus dotes mágicas empezaban a contarse en otras tierras, con canciones gastadas que por mucho exageraban. Ella era la más joven del concejo. Su padre se había retirado a temprana edad a causa de innumerables dolencias, heredando el lugar a su única hija.

En una de tan tediosas reuniones matutinas se enteró de las nuevas exigencias de la Trinidad. Salió, corrió y se encerró en su casa a llorar su pena y a cuestionarse el porqué, como si la vida realmente tuviera algún sentido y la muerte fuera un privilegio que no todos se podían dar el lujo de degustar. No es sino hasta que nos exponemos a situaciones extremas que descubrimos nuestra propia naturaleza, que derribamos las creencias y construimos los cimientos de nuestra propia fe, de nuestros principios. Minerva se preguntó si ese era el camino correcto, pero si tal era el caso, ¿por qué la sola idea la destrozaba?, ¿por qué los seres que proclamaban querer su bienestar le ocasionaban tal dolor? Fue entonces, tras largas horas de llanto y desesperación, que Minerva cuestionó sus creencias y su fe. Su pensamiento había cambiado, ella había cambiado. Y protegería a su esposo, aunque para ello tuviera que valerse de los privilegios de ser parte del concejo.

Tras aquellas angustiosas horas, Minerva había solicitado una

reunión extraordinaria para debatir la situación de su esposo, Juan, quien ni siquiera estaba enterado. Había plantado una defensa sólida sobre las razones tácticas por las cuales la aldea no podía prescindir de los servicios de un mago tan poderoso. El concejo había denegado su petición. Tras aquel suceso, Minerva no recuerda cuántas veces había suplicado en medio del llanto, tras desplomarse en medio de la sala presa del dolor, hasta que el mayor de los ancianos finalmente había aceptado.

Una semana había pasado y Minerva seguía alerta, esperando el regreso de su esposo. Había buscado al anciano y le había comentado sus temores, pero este la había tranquilizado diciéndole que volviera a cuidar de su bebé, que él se encargaría de hacer lo mejor para su esposo. Ella había vuelto a casa y el sueño la había atrapado.

Al día siguiente había despertado con una extraña sensación. Se había levantado de prisa, pues la luz del sol se colaba por las rendijas de las ventanas. ¡No entendía cómo había dormido tanto! Seguro que su pequeña estaría muy hambrienta.

Minerva se limpió las mejillas, sus ojos se inundaron al recordar el vacío tan desgarrador que había experimentado cuando se había acercado a la cuna y la había hallado vacía.

No importaba si era una trampa, acabaría con ellos de una vez o moriría en el intento. En cualquier caso, el dolor dejaría de quemar. Sonrió. Pronto todo acabaría.

Un sendero oscuro la guiaba a unas ruinas. El bosque cambiaba de manera abrupta, y lo que antaño habían sido árboles de gran tamaño, ahora solo eran restos de madera quemada y olor a humo y desolación. De tan buena tierra solo quedaban cenizas, ya nada crecía y el suelo era estéril. Minerva se preguntó cuándo había sido la última vez que había sentido tal desolación. Era como si cada paso que daba devorara un poco de su entereza, de su voluntad, pero no podrían derrumbarla, ¡eso jamás!

Agatha esperaba y se desesperaba. Su pequeña no llegaba y Minerva se alejaba cada vez más. Nada podía ir peor.

—Pronto llegarán —trató de consolarla Lan.

Agatha, presa de la desesperación, sacó su daga y con un giro veloz y limpio de su brazo, cortó una fina caña de bambú, luego gimió al concientizarse de su acción.

—Lo siento —susurró—. Haré que valga la pena.

Comenzó a cortar y a tallar hasta el agotamiento, como si estuviera en un trance. No fue hasta que Zarakiel le anunció que su pequeña se acercaba que Agatha dejó de tallar. Descolgó la valija de viaje de su espalda, la abrió y, allí, junto a su pequeña guitarra, colocó su nueva creación. Se levantó deprisa y se marchó al encuentro con su pequeña.

Alicia estaba emocionada, Midori le había hecho sentir que Agatha estaba cerca.

—Toma —la mujer le entregó una pera—. Hay que mantenerse fuertes.

La niña mordisqueó la fruta mientras avanzaba en carrerilla tras Midori. Divisó a la joven elfo en el límite de la ciudadela, donde el bosque amainaba y solo quedaban los pastos pintando de verde el terreno. Corrió a su encuentro y se entregó a sus brazos, a esos brazos que tantas noches habían calmado sus llantos, a su lugar seguro. La apretó tan fuerte como pudo contra su diminuto cuerpo y sollozó un «te quiero» que agonizó ahogado por las lágrimas. Agatha la atrapó y la llenó de besos.

—¡No sabes cuánto te extrañé, cariño! —volvió a besar la cabeza de la niña—. Te adoro.

Zarakiel observaba la escena preguntándose qué hubiera sido de su vida si no hubiera corrido tras Minerva todos esos años, si en cambio hubiera formado un hogar. Lan acarició a Midori y le preguntó por su señora. La iguana le sostuvo la mirada y en los pensamientos del escudero se escuchó un simple «va en busca de la vida que quiere vivir, eso me ha dicho». Nada específico, pensó el espadachín, así nadie sospecharía de sus motivos ocultos, solo pensarían que estaba perdida en alcohol en la taberna más cercana. La iguana se alejó del hombre y se acercó a la niña frotando su pequeño cuerpo contra las piernas de la pequeña—Puede que baste con seguir el rastro de Midori —sentenció para sí mismo.

Minerva observó entre los restos de carbón, a lo lejos yacía un cúmulo negro que no parecía ser madera quemada. Irradiaba inestabilidad. Un escalofrío la recorrió, pero decidió ignorarlo y apurar el paso. Unos instantes más tarde estaba frente a algo que no sabía describir. Una estructura tan alta como una casa grande y tan amplia como una mansión yacía ante ella, hecha enteramente de gemas negras puntiagudas, gemas que Minerva identificó como diamantes negros. Una fina entrada se dibujó y Minerva solo se acercó hasta tocar las paredes para al fin atravesarla. Caminó por un pasillo que parecía no tener final, hasta que llegó a un salón de baile. Las luces brillaban en lo alto, reflejándose en las paredes nigérrimas. Minerva se acercó y deslizó sus dedos por la superficie de la pared, a medida que avanzaba. Dio un sobresalto cuando la entrada se cerró con una pared de diamante que apareció de la nada. Terminó de recorrer el gran salón en busca de alguna salida, pero no halló alguna. Las paredes comenzaron a distorsionarse hasta que se convirtieron en lujosos espejos que se miraban entre sí. Un salón circular con numerosos espejos en los que Minerva hallaba su reflejo. Su más oscuro reflejo: ese lado que los demás creían conocer pero que en

verdad no lo hacían. Minerva se observó en detalle. La risa burlona que le devolvía el espejo no provenía de su boca.

14. A TRAVÉS DEL ESPEJO: EL AMO DEL REFLEJO

Minerva se observó. Eran sus cabellos castaños con mechones cayendo por su rostro, sus ojos azules y su boca pálida, pero no era ella.

—¿Acaso no te reconoces, querida? —le habló el espejo—. Solo sigue mi voz. Acabarás descubriendo que somos una sola.

—¡No! —espetó Minerva.

—¿Acaso no lo ves? —rio sarcástica— Yo te daré el perdón.

—No necesito que nadie me perdone.

Minerva caminaba en círculos divisando todos y cada uno de sus reflejos.

—Yo te daré la absolución. He llegado hasta ti y haré de mi voluntad la tuya, pues somos un solo ser.

—¡Como si no lidiara con mi reflejo cada vez que me veo al espejo! —se burló Minerva tratando de restarle importancia.

—Lo deseas, querida, pues no soy más que tu reflejo. ¡Desea! Pídele al espejo.

Minerva observó su reflejo atenuarse en finas ondas circulares, como si el espejo estuviera hecho de gelatina, hasta que en el mismo vio a su esposo y a su pequeña. El mago la arrojaba por los aires y la atrapaba con maestría, desatando las carcajadas ahogadas de la niña.

—Despertamos maldecidas, condenadas al vacío. ¡Deséalo! ¡Has que regresen!

Minerva siguió observando. Recordó cómo se sentían los cabellos de Juan, su esposo, y la suave piel de Katie, su pequeña. Recordó el aroma de su piel y el dulce de sus caricias. Se le anudó el corazón, ¡claro que deseaba que volvieran! Los añoraba con cada parte de su ser, y le encantaría volver a abrazarlos una vez más, aunque fuera solo una. Avanzó hasta un espejo y, como hechizada, levantó su mano hasta acariciar el cristal. Luchaba por no llorar, sabía que, si lo hacía, que, si en su piel se dibujaban finas cascadas, sería imposible parar. Deseaba más que nada volver atrás, no haber dormido aquella noche y haber salvado la vida de los seres que más amaba. Haber huido desde el primer instante en que se había enterado de las exigencias de la Triada, haber marchado en busca de su esposo y haber empezado juntos, los tres, en otro lugar lejos de todo y de todos, una vida nueva sin creencias ni falsedades. Pero ya nada podía cambiar. No importaba cuanto deseara ser feliz, el camino oscuro no era una opción. Jamás serian su esposo y su hija. Todo ese maldito teatro era obra de la Triada, nada bueno podía haber en ello.

—Pero ya no lo deseas, ¿no es así? —Minerva vio de nuevo su reflejo en los espejos—. Ya no deseas ver a través del espejo. Ahora hay alguien más. Otra dulce debilidad que no te deja dormir.

—¡Cállate! —Minerva comenzaba a desesperarse.

—No te preocupes, querida, no puedes esconder nada de mí. Sé tantas cosas… —susurró juguetona—. ¿Por qué no tomar lo que por derecho debería ser tuyo? ¿Por qué no volver a la aldea y reclamar la sangre de cada miembro del concejo? —se mordió el labio hasta evidenciar una fina línea escarlata—. Puedo sentir cuánto lo deseas. El sabor férreo de la sangre, de la venganza. ¿Acaso no te dieron la espalda?

Minerva juntó las palmas y las deslizó en un movimiento rápido hacia los lados. Su espada se materializó y, con un rápido movimiento, la multiplicó ordenándolas a su alrededor, flotando.

—¡Cállate! —lanzó las espadas, una para cada espejo.

No hubo sonido metálico, ni de cristales rotos; las espadas solo fueron engullidas por los espejos, como si estos fueran una masa sin forma capaz de absorberlo y retenerlo todo.

—¿¡Aún no entiendes que no puedes matarme!? Yo soy tú, querida —se mofó—. No puedes pretender que no has deseado acabar con sus vidas, que no has querido tomar tu felicidad a la fuerza. Eres tan oscura como ves, y eso no puede cambiar.

Minerva recordó las ocasiones en que el dolor la había cegado y había deseado acabar con la aldea que tanto dolor le había provocado, con la Triada y con su propia y miserable existencia, pero también recordó a Agatha. La primera vez que la joven se acercó, como iba derribando sus defensas y como su forma simple le iba robando el corazón. No tenía lógica que un alma tan retorcida como la suya hubiera encontrado sentido a su existencia junto a un alma tan pura como la de la joven de orejas de punta. Recordó su apoyo y aceptación y sintió un deje de valentía. Tal vez el primer paso para ganar esa batalla era empezar por aceptarse tal cual era: una mujer con heridas y cicatrices, con un propósito y con nuevos afectos. Qué había odiado y amado a partes iguales, y que aún lo hacía. Entonces lo entendió, no se trataba de ocultar la oscuridad, sino de aceptarla como parte de sí misma y compaginarlo con la luz, porque cada parte la había llevado hasta ese momento y la había forjado como era.

—Sí, el odio ha gobernado mi vida, pero también el amor. He deseado matar y he deseado volver a engendrar vida. —Sonrió—. No puedo matarte, ni lo deseo.

Los espejos se quebraron.

—¡No! —gritó la mujer en el espejo.

—Lo siento —susurró Minerva acercándose—, yo soy el amo del reflejo.

15. IRA: LA TRIPLE DIOSA

Agatha avanzaba a paso decidido. Tiraba de la manita de la pequeña Alicia para que caminara más deprisa. Lan y Zarakiel las seguían. Se habían despedido de la mujer hacía una hora y a Agatha le parecía que no lograba avanzar tan rápido como querría.

—¡Midori se está alejando! —inquirió Agatha ansiosa.

—He lanzado un hechizo de rastreo, no perderemos el camino —informó el mago.

Por alguna razón, a Agatha no le bastaba, esa información no la calmaba. No podía dejar de pensar que Minerva corría sola hacia su muerte. Aunque no fuera alguien de utilidad, al menos esperaba disuadirla para que aceptara la ayuda de sus amigos. Un mago y un espadachín podían llegar a marcar una diferencia. Al menos eso esperaba.

Llegaron a una bifurcación en el camino y, cuando estaban a punto de seguir la ruta recorrida por Midori, vieron que esta regresaba y tomaba el otro sendero.

—¿Por qué se ha devuelto? —indagó Alicia sacudiendo la mano de Agatha para atraer su atención.

—No lo sé, cielo —respondió la joven elfo desconcertada.

¿Por qué se había devuelto? ¿Se había equivocado de sendero o había recibido nuevas instrucciones? Agatha no lo sabía, pero tenía una idea sobre cómo averiguarlo. Los árboles son una red extraña, de alguna manera están conectados entre sí y pueden transmitir información básica. Agatha soltó la mano de Alicia y se acercó al árbol más grande que vio.

—¿Puedes enseñarme dónde está? —susurró mientras acariciaba la corteza.

Sus ojos se cerraron y su cuerpo sufrió una pequeña convulsión. Imágenes sucesivas comenzaron a danzar en su subconsciente, tan rápido que empezaba a formarse un nudo en su estómago. Minerva en medio del bosque, Minerva en un largo sendero, Minerva al final de un bosque, Minerva entrando en un lugar previamente incendiado; y Minerva a lo lejos, entrando en una mansión oscura. Abrió los ojos de golpe, con la aprehensión instalada en su pecho. Minerva ya había llegado a su destino.

Agatha dibujó una caricia en la corteza del árbol.

—¿Podrías guiarme, por favor? —le susurró.

Agatha juntó su frente a la corteza del árbol en señal de agradecimiento y respeto.

—Es una distracción. Minerva quiere hacer todo sola. ¡Sola! —

Agatha se concientizo de lo que ocurría, Minerva no le tenía confianza como para pensar que podría ser de ayuda y no un lastre, y, en vez de detenerse a analizar sus posibilidades, por primera vez, Agatha sintió un deje de una extraña valentía dotada de idiotez que no había tenido jamás. Se acercó a la iguana ubicándose frente a ella, acarició su costado con la mano temblorosa por la ansiedad, y le susurró:

—No la dejaremos sola, lo sabes. Y tú tampoco quieres que se enfrente a esto sin toda la ayuda posible. —La iguana asintió—. ¿Te importaría cargar a Alicia? Necesitamos avanzar deprisa.

Minerva avanzó, atravesó el salón y llegó a una estancia más amplia e iluminada con una luz blanca que era irradiada desde una urna vertical de cristal ubicada en el centro de la estancia.

—¡Aquí estoy! —siseó Minerva.

La hechicera tenía claro que estaba ante la Triada. Tenía claro que la esperaban. Tomó conciencia de sus escasas posibilidades y, en lugar de arrepentirse, se aferró más a su cruzada, a su propósito, a su venganza.

—Minerva de Ovanova —habló una voz angelical, casi infantil—. Tu magia no es especialmente sobresaliente —gruñó una voz áspera, parecía la de una mujer adulta—, aun así, estás aquí.

Minerva terminó de disolver la distancia que la separaba de la urna de cristal, levantó la vista y su mirada se oscureció. Tres mujeres, tres rostros, un solo cuerpo, y, posiblemente, un solo corazón. Más que fácil, solo tendría que atravesarlo.

Examinó los rostros, una joven humana, una mujer elfo y una anciana hechicera. Minerva se preguntó qué tipo de hechizo oscuro era el responsable de aquello. Quería respuestas, necesitaba respuestas, más que nada.

—No pareces ningún dios —escupió Minerva. La nota de desprecio en su voz parecía cortar el aire. Su mirada atravesó el rostro de la anciana.

—Tanto potencial de odio, desperdiciado, contaminado —habló la anciana en voz queda.

Minerva comprendió al instante que la repulsión de la Triada se debía a la pequeña dosis de afecto que albergaba su corazón, ese sentimiento que marcaba la diferencia. Minerva observó la piel escamosa y ajada del rostro de la anciana hechicera, luego el rostro terso y las orejas de punta de la mujer elfo. Estaba frente a una hechicera de alto nivel, superaba con creces su poder. La mujer elfo pertenecía a una línea pura, quizá de linaje real. Seguro no poseía una raíz ordinaria. ¿Qué hacía entonces especial a la joven humana?

Minerva juntó las manos e invocó su espada. La tomó por la empuñadura y adquirió posición de combate.

—¡Acabemos con esto de una vez!

Los tres rostros emitieron una risa espeluznante, repulsiva.

—No era muy diferente a ti —habló la joven—. Puede que no sea muy diferente ahora.

Minerva torció la boca en una mueca y se abalanzó sobre el cristal, espada en mano y coraje en la punta. Los rostros volvieron a reír.

—Deja que te cuente una historia, querida —siseó la voz de la menor—. Hace algunos siglos nació una niña que había sido bendecida con un preciado don: la inmortalidad. —Su figura se materializó fuera del cristal— Pero, ¿quién dice que ser inmortal es

una bendición y no una maldición? —siseó la joven mujer—. Ver morir a aquellos que te importan a manos del ente más cruel y despiadado: el tiempo. Eso más parece un castigo eterno.

Minerva embistió a la más joven de la Triada, pero esta se desintegró en el aire, no era más que una burda proyección. La mujer se rio, luego la anciana hechicera la inmovilizó con magia.

—Entonces recorrí el mundo y sus sentimientos me causaron repulsión y fascinación. Envidia, lujuria, codicia, venganza. Una máscara tras otra tras las cuales se ocultaba algún terrible pecado. Yo misma los tenía, entonces, ¿por qué no sacar todo a la luz? —La proyección volvió a danzar frente a Minerva, esta vez, la de la mujer con orejas de punta. Más atrevida, más sensual—. Somos lo que nuestros instintos quieren, y llegamos hasta donde nuestra oscuridad nos lo permita.

La mujer acarició el rostro de Minerva, la lujuria en sus ojos; y Minerva, por primera vez, sintió aversión hacia una figura femenina.

—Forjaré un mundo nuevo, querida. —Sus miradas se encontraron —. Puedes ayudarme…

—¡No seré parte de la perversión que deseas!

—O puedes, simplemente, dejar de respirar —La garganta de Minerva fue apretada por una fuerza invisible durante un instante. Tosió—. Tú decides.

La figura sufrió una ligera distorsión.

Minerva jadeo. ¿Qué tenían en común su esposo y su hija con las perversiones del mundo?

—¿Para qué matarlos?

La proyección volvió a reposar sobre el cristal, liberando a Minerva del hechizo que le impedía moverse.

—¿Para qué matarlos? —repitió.

—¿A quiénes? —se mofó la anciana—. Ah, ese esposo y esa hija tuyos. Eran útiles le restó importancia con un gesto de su mano—. Grandes potenciales mágicos, en realidad.

Útiles. Les había arrebatado la vida porque eran útiles, como si fueran una cosa, una taza de té, algo de lo que se puede prescindir. Bulló en Minerva la ira y el dolor. Luchó contra la presión en su pecho, no era momento de llorar, ya no. Tenía solo una oportunidad, una fracción de segundo en la que podría atravesar ese oscuro corazón. Un instante antes de recibir el ataque mortal que la Triada le propinaría cuando viera que Minerva se había cansado de hablar. Observó la urna, había una pequeña grieta. Se abalanzó con todas sus fuerzas. El metal repiqueteó y se resquebrajó junto con el cristal. El sonido de cada fragmento hacía eco hasta casi hacerla sangrar. La mujer elfo la miró. Su mirada era tan dolorosa como el corte de mil cuchillas de metal. Minerva gimió. Una raíz útil, sin duda. ¿Qué podía

ser más útil que el poder para infringir dolor sin siquiera tocar? Fue levantada por los aires con una magia tan poderosa que Minerva perdió las fuerzas hasta para intentar defenderse. Apenas lograba respirar. Tal vez todo llegaría a su fin en ese instante, en ese lugar.

Agatha se adentró en aquella oscura estructura de diamante. Lan y Zarakiel la seguían de cerca, mientras que Alicia se aferraba a la mano de la joven, llenándose de la seguridad que ese lúgubre lugar parecía arrebatarle. Avanzaron deprisa hasta llegar a la sala de los espejos. A la joven se le escapó un suspiro al ver los fragmentos en el piso. No parecía nada bueno, tantos espejos rotos no auguraban nada bueno. ¿Y Minerva? ¿Y si habían llegado tarde? Agatha comenzó a temblar, su pecho dolía y el rostro le escocia. Atravesó la sala y oyó un quejido. Su ansiedad se triplicó, ¡era Minerva!

—Ya sabes qué hacer —le susurró a Alicia.

—¡Allí está! —vociferó Lan.

Minerva yacía contra la pared, suspendida en los aires por una fuerza invisible que hacía manar la sangre de su piel. Tenía dos finos cortes en sus clavículas de los cuales nacían dos hilillos de fluido escarlata. Agatha sintió su propia sangre bullir.

—¡Déjala! —gritó.

Se abalanzó sobre la urna de cristal, daga en mano y coraje voraz, pero fue inútil, el metal rebotó ocasionando un fuerte dolor en el brazo de la joven. Aquel cristal parecía impenetrable. La espada del diestro guerrero tuvo el mismo destino. Zarakiel usó su magia para ayudar a Minerva, permitiéndole respirar.

—¡Qué bonito! —se burló la mujer elfo de la Triada—. Han venido a ver cómo mueres, querida.

Agatha y Lan continuaron con sus ataques, Zarakiel invocaba su magia y la direccionaba a la urna.

Minerva cayó al piso en un golpe sordo y Zarakiel se acercó a auxiliarla. Le pasó parte de su energía para mitigar el dolor y sanar las heridas.

—¡Idiotas! ¡Yo iba a hacer esto sola!

Agatha se acercó a Minerva y le acarició el rostro.

—No estás sola —susurró con dulzura.

¡Qué tal si lo hacemos más interesante! —La mujer con orejas puntiagudas profesó una risa siniestra.

La anciana hechicera atacó, magia oscura fluyó en el aire, cortando la respiración de los miembros de la comunidad. Zarakiel y Minerva juntaron sus magias. Violeta y verde se entrelazaron en el aire haciendo frente al enemigo.

—Un valeroso caballero —susurró seductora la mujer elfo al oído de Lan—. Será un placer desollarte vivo.

Lan se quejó, el dolor iba en un eterno crescendo y, por primera vez, su espada le era inútil.

Agatha se acercó a la urna, pero la hechicera la inmovilizó con un gesto de su mano. Obligada a ser espectadora del dolor de sus amigos, Agatha sintió sus lágrimas correr, corrompiendo, cortando la piel a su paso.

La oscuridad se tragó el verde y el púrpura; Minerva y Zarakiel cayeron, sus manos en el piso intentando mantenerse conscientes, pero parecía que todo se desvanecía. Fue entonces la valentía, o idiotez, de Lan, quien se paró frente al haz de energía oscura, que abrió una pequeña brecha para darle un giro a las tornas, para permitir el nacimiento de una idea.

Agatha logró liberarse del hechizo, empuñó la daga e intentó clavarla una y otra vez en el cristal. Odio su falta de talento y maldijo su debilidad. Sintió el dolor de su corazón crepitar hasta su rostro y sus ojos inundarse sin ser capaz de llorar. Dedicó una mirada fugaz a Minerva, que yacía en el piso, sin fuerzas.

—¡Maldito cristal! —asestó la daga un golpe tras otro—. ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Mil veces maldito! —lloró, se fragmentó, se rompió, y la ira se transformó en impotencia y frustración. En su vida no había tenido seres queridos más que la pequeña Alicia, ahora que tenía amigos y alguien a quien amaba simplemente podía verlos perecer. El sonido del metal al caer le ocasionó un escalofrío y le arrancó una lágrima gruesa y agresiva que se abrió paso por su rostro hasta morir en su boca. Se arrodilló y se dejó caer en el piso, se descolgó el instrumento y lo apoyó en su regazo. Los juglares mueren con su música, se convenció. Abrió el estuche y observó la espada de bambú.

Minerva tomó la mano de Zarakiel y, con un gesto cansino y dulce, le pidió a su amigo que la ayudara una última vez, que la acompañara una última vez. Zarakiel transfirió el último vestigio de magia que almacenaba su ser y se abrazó al letargo.

—¡Valdrá la pena, amigo mío! —susurró la hechicera con la voz rasposa.

Minerva observó a Agatha solo un instante, luego llamó a Alicia en sus pensamientos.

—Necesito un pequeño favor, criaturas. —Observó la urna de cristal —. Eres una pequeña muy excepcional, Alicia.

Minerva observó la urna de cristal. Tres rostros, tres almas, y un solo corazón. Una fina espada de bambú de la que seguro Agatha no era consciente del potencial que albergaba, pero confiaba en eso que las unía, ese sentimiento que habían construido tras cada sendero y cada momento compartido.

—Midori, guapa, aquí estamos otra vez librando más batallas. Necesito que me ayudes una última vez.

Minerva no podía ver a Midori, ni a Alicia, pero supuso que las dos asintieron en silencio.

Entonces todo ocurrió muy deprisa. Lan cayó al piso, el pequeño cuerpecillo de Midori fue invadido por una gran cantidad de energía mágica que la pequeña Alicia sintió fluir a través de su cuerpo antes de extenderla en un haz aún camuflado por su raíz de invisibilidad. Alicia observó el violeta mezclado con el verde, colores chispeantes, y sintió una extraña desolación e incertidumbre. Midori la calmó enroscándose sobre su cuello.

Minerva escuchaba sus propios latidos, tan frenéticos como un caballo galopante. Contuvo la respiración y susurró en los pensamientos de la joven mujer que amaba.

—Clava la espada en su corazón, ¡ahora!

Agatha tomó la espada y la lanzó con todas sus fuerzas, no lo pensó, más fue un reflejo, una esperanza, la última esperanza. El haz de energía alcanzó e impulsó la espada, la madera centelleó y cortó el viento. Astilló el cristal y atravesó la carne. Agatha oyó los latidos del único corazón de la Triada. Fuertes latidos reverberaban amortiguándose a medida que la sangre bañaba el cristal. Agatha observó lo imposible hacerse posible. La magia oscura cesó y Lan cayó al piso tan débil como no lo había estado jamás. Minerva se acercó hasta su amigo y le sonrió. Habían ganado. La Trinidad no era la Triple Diosa después de todo. Ni siquiera era una diosa, solo un alma oscura con deseos y propósitos más oscuros. Minerva observó el rostro extrañamente apacible de Agatha y sintió vértigo, el vértigo que produce la libertad, aunque hacía mucho que había dejado sus creencias atrás. Le sonrió con dulzura y serenidad. Habían ganado.

Alicia se dejó ver, corrió hasta Agatha y se abrazó a su cuerpo. Midori descendió del cuerpo de la menor y se acercó a Zarakiel. Un poco de energía bastó para escuchar los quejidos del mago. Se pusieron en pie y se miraron por primera vez con algo más que amistad. Eran una compañía, una familia, y eso calentó el corazón de Agatha.

Minerva se acercó a la urna, pasó un dedo por la sangre que manaba del cristal, sacó su moneda y dibujó una línea con el líquido. Un recordatorio de que aquellos que se hacen llamar dioses también sangran, de que podría conseguir cuanto quisiera en tanto confiara en los demás, en tanto se apoyara en las personas que la querían.

—¿Alguien quiere apostar? —sonrió.

16. DELEITE O ALEGRÍA: LA EFERVESCENCIA DE LOS SUEÑOS

Minerva observó su mano entrelazada con la de la joven y sonrió, una sonrisa genuina y calma, cargada de serenidad. La hojarasca crujía bajo sus pies. Le agradaba aquel sonido, aquella calma y compañía. Agatha se rio.

—¡Qué va!, yo no tengo raíz.

Minerva le dio un apretón cariñoso y la observó con ternura desmedida.

—La magia solo fue el impulso que faltaba, esa espada tuya hizo el resto.

Agatha no terminaba de creer que su raíz fuera tallar instrumentos mágicos, pero Minerva no tenía por qué mentirle. Rebuscó en su memoria y se halló de niña tallando un bonito conejito que luego había creído ver andar, pero lo había catalogado como exceso de imaginación a causa de su corta edad.

—¡Y eso no cataloga como una deuda de vida! —se quejó Minerva —. Aún tienes que pagarme. Y ya sabes que disfruto cobrando las deudas. —Le dedicó una mirada intensa, cargada de deseo, que hizo a Agatha temblar. Disfrutaba ver cómo el rostro de la menor se teñía de rojo.

El agudo sonido de un chillido hizo que el calor del rostro de Agatha se disipara. Buscó con una mirada rápida a la niña y la halló algunos pasos más adelante, con Midori tirando de un listón del vestido. La melodiosa risa de la niña reverberó en el bosque y los pájaros salieron despavoridos de entre los árboles, cantando y chillando.

Zarakiel le pasó la cantimplora a Lan. El guerrero dio un gran trago y se quejó del dolor que le suponía andar, pero, aun con todo, estaba feliz. Quería volver a casa, con su familia, y dejar atrás las aventuras. Con entusiasmo desmedido le explicó a Zarakiel que deseaba dedicarse a cultivar la tierra junto a su familia, que sería un nuevo comienzo.

—La aldea necesitará un líder —se aventuró a decir.

—Dudo que desee volver —suspiró Zarakiel.

—Minerva es una gran hechicera, pero no está hecha para liderar. Me refiero a ti, amigo mío. —Le dio una palmadita en la espalda—. No conozco a nadie que se preocupe más por la gente que tú.

Zarakiel negó por segunda vez, pero en el fondo de su corazón ya había comenzado a gestarse una idea, un propósito, tal vez.

—Ustedes dos ahí atrás —regañó Minerva—, apuren el paso.

Alicia comía con apremio, la iguana en su hombro se limitaba a recibir algunos bocados. Minerva sonrió ante la evidente conexión que se había establecido entre Alicia y Midori. Agatha dio un gran sorbo a su bebida y sacó del bolsillo el maltrecho papel que le había dejado Minerva antes de marcharse. Lo puso sobre la mesa con una palmada, como si quisiera matar los miedos que se batían en duelo dentro de su estómago cada vez que quería tomar una decisión que implicaba a la hechicera. Minerva observó el papel y torció la boca en una sonrisa triunfal.

—¿Has decidido dedicar tu vida a mí para pagarme, cariño?

Agatha tembló. No era exactamente lo que pensaba, pero tampoco hacía daño que Minerva lo planteara de esa manera. Minerva sacó su moneda y la hizo levitar. La contempló con genuina curiosidad, como si tuviera todas las respuestas a sus preguntas. Aguardó a la respuesta de la joven elfo y sonrió cuando percibió la timidez en su mirada.

—Porque yo estaré encantada de disfrutar de tu piel. —Atrapó la moneda de un manotazo, como si fuera a escaparse, y miró a Agatha con el furor del afecto en su mirada—. Y un poco de tu compañía.

—Un poco —repitió Agatha, saboreando las palabras, sabiendo que era la forma en que la hechicera tenía para decirle que la quería, y se le llenó el corazón.

Sonrió. Sonrió y Minerva vislumbró el deseo en su mirada, encendiendo su fuego interior.

—¡Es hora de descansar! —demandó observando a Alicia. Se levantó de un tirón y apuró a la niña a levantarse.

—¡Jamás va a cambiar! —susurró Agatha sonriendo.

Minerva tomó su mano y entraron a la habitación en la que dormiría la niña, la arroparon con dulzura y le dieron un beso en la cabeza. Midori saltó a la cama y se dejó aplastar en un abrazo. Se ubicó sobre el cuerpecillo de la niña y se dispuso a descansar. Agatha apagó las velas y suspiró. Ya no había Triada. Ya no había motivo para que las persiguieran, y ya no importaba, puesto que la esperaba la compañía de la mujer a la que amaba.

Una vez en la habitación, Minerva atrapó a la joven en un beso exigente, cargado de anhelos y deseo. Agatha deslizó sus brazos para acercarla un poco más. Observó los ojos azules de la hechicera y acunó su rostro con sus manos. Sintió el deseo crecer y sus propios afectos en ebullición. Amaba cada fragmento, cada faceta de la mujer que tenía frente a ella, porque había visto sus matices y sus miedos. Y, sobre todo, porque la había visto crecer y superarse.

Desmoronó con sus besos y caricias esa coraza y adoró a la mujer que había tras ella. Porque agradecía al azar por haberla conocido.

Minerva experimentó la plenitud del amor, de la aceptación y del perdón. Porque todo lo que había aceptado y enfrentado en aquella sala de espejos parecía haber alcanzado un único fin: perdonarse, aceptarse y amarse para amar a los demás. Dejar el pasado atrás y permitirse sentir, vivir de manera consciente y entregada. Volver a empezar.

Sacó la moneda y la hizo desaparecer. Porque las batallas más grandes son aquellas en las que nos enfrentamos a sí mismos, esas que nos llevan a amar cada una de nuestras fisuras. Y Minerva las había superado. Era momento de renacer, porque, aunque el cristal esté roto, los fragmentos aún reflejan la luz